

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



EL LLAMAMIENTO DEL REY TEMPORAL
AYUDA A CONTEMPLAR LA VIDA DEL REY ETERNAL

(Libro de los Ejercicios.—1.ª Meditación, 2.ª semana)

Martín Oliva

S O C I E D A D A N O N I M A

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar 25 »

Tomo encuadernado . 125 »

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

EN PRENSA:

Sor María del Divino Corazón

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º

T A R R A G O N A

Soberanía de Amor

La predicación de esta Cruzada—se dice en las instrucciones de la Dirección general del Apostolado de la Oración que con insistencia venimos citando—debe ser esencialmente predicación acerca del Sacratísimo Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María. Y pues que dicha devoción fué dada por Cristo nuestro Señor, a través de su Iglesia, precisamente como remedio para nuestros tiempos, es por ello necesario que como tal se predique.

Nuestra presente insistencia en esta concreta afirmación es, pues, eco de este llamamiento, en otro lugar se llega a decirnos, como el lector habrá podido ver en *CRISTIANIDAD*, núm. 142, pág. 83:

«Los fieles, conscientes de la suma gravedad de las circunstancias presentes, deben implorar de Dios con una seria enmienda de la vida, verdadera penitencia y oración asidua, la misericordia y el perdón. Mas no se esfuercen en tender a dicho fin con cualesquiera oraciones o piadosas prácticas, sino rindiendo culto y homenaje al Sacratísimo Corazón de Jesús».

¿No será lícito y conveniente tratar de comprender y sentir en algún modo esta especialísima oportunidad para nuestros tiempos del culto al Corazón de Jesús?

En las páginas de *CRISTIANIDAD*—difundir esta idea es elemento esencial de su programa de apostolado—se ha insistido en la misión providencial de esta devoción, en la confianza en las promesas que el mismo Jesucristo comunicó a sus confidentes, en la eficacia de los auxilios sobrenaturales extraordinarios que ellas nos anuncian y nos hacen esperar. Este es el fundamento de la confianza en la actualidad providencial de la idea del Reino de Cristo (1).

La revelación del Corazón de Jesús es designio misterioso de la infinita generosidad del amor y de la misericordia de Dios. No podríamos los hombres buscarle razones ni tenemos por qué justificarlo. Pero, puesto que Cristo nuestro Señor se ha dignado dirigirse a nosotros con tal gesto y hablarnos un tal lenguaje, podremos tal vez ballar en sus palabras y en las enseñanzas de la Iglesia, algo que nos ayude a sentir algún conocimiento de esta actitud de Cristo nuestro Señor, a comprender cómo en su conocimiento y en la correspondencia a ella está la esperanza de salvación para el mundo de nuestros días.

Porque la devoción al Corazón de Jesús y la idea, que con ella está en íntima conexión y como fundida con ella, del Reinado de Cristo por su amor, es decir el ideal de vida cristiana que se concreta en la fórmula: «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón», tiene en estos tiempos una especial actualidad psicológica (2).

* * *

A la exaltación de la autonomía y soberanía de la razón, a la deificación panteísta del pensamiento humano, productora del olvido y desprecio de la persona absorbida por la sociedad divinizada, ha sucedido como consecuencia, a la vez que como reacción, la rebeldía contra la idea, el desprecio por las doctrinas, por las instituciones sociales y por las leyes. La anárquica rebelión contra toda autoridad, y aun, en nombre de la libertad de la persona, la que podríamos llamar rebelión contra la realidad, contra la naturaleza misma de las cosas.

Algo más que una desorientación, una como enfermedad colectiva nos aqueja. ¿Cómo convencer a los hombres de la doctrina salvadora? ¿De los principios que pueden orientar su

(1) «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey» por el Padre Ramón Orlandis, S. I. núm. 39 y folleto «Hacia el cuarto Año Jubilar» pág. 65.

(2) Véase el artículo citado.

camino y regular su vida? Los argumentos doctrinales fatigan al hombre desesperado y — por ello — ligero de nuestros días.

Y es indispensable para la salvación y la paz del mundo que los pueblos «sean llevados de nuevo a aquellos principios, únicamente en los cuales puede hallarse la luz para las inteligencias, la paz y concordia para las almas y la justicia ordenada para las sociedades y las clases sociales» (3).

La iglesia puede anunciar al mundo el supremo argumento de una «Doctrina de pueblos» (4) porque si en los documentos solemnes de los Papas modernos se desenvuelve «todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública — no de los de pormenor ni de los de índole técnica — se da solución, la única solución, la solución cristiana», tal cuerpo de doctrina lo presenta en verdad como la carta magna, «que Jesucristo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan, ofrece al mundo desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza» (5).

No convencen las meras palabras abstractas. Sólo tienen fuerza para penetrar en nosotros y mover nuestro amor las palabras salidas del corazón, estas llegan también al corazón, a lo más entrañable de la persona, porque sólo ellas son «espíritu y vida».

El mensaje que la Iglesia envía al mundo es «el mensaje que sale del Corazón de Cristo» como dijo en ocasión memorable Pío XII. El mensaje que sale del Corazón del Hombre-Dios. Dar a conocer a este Hombre, que es la Verdad, es la misión de la Iglesia, dice el Dr. Torras y Bages.

Este mensaje nos invita precisamente sobre todo a una entrega a su amor, a la consagración a su servicio impulsada por el deseo de reparar los ultrajes y consolarle de los dolores que le causa su amor por nosotros ofendido por la ingratitud. En su infinita misericordia Dios se presenta a nosotros intentando movernos a su amor por el misterioso argumento de mostrarnos su Corazón y suplicarnos que tengamos compasión de El.

Por este camino de invitación a un espontáneo y generoso amor de reparación quiere llevar el acatamiento de su soberanía al mundo en rebeldía contra ella.

* * *

S. S. Pío XII resume al principio de la «Summi Pontificatus» todo el sentido y doctrina del acto de León XIII en la Encíclica «Annum Sacrum», con estas palabras: «Ecce Rex vester» ¡He aquí a vuestro Rey! Al principio del siglo se mostró así a Cristo al mundo, hoy «en esta hora histórica del género humano, en que se decide el combate supremo que sostienen por una parte Cristo y su Iglesia y por otra el poder de las tinieblas y en que se trata de la suerte y de la salvación del género humano», esperamos que el Papa Pío XII, renovando solemnemente entre el aplauso unánime y el deseo fervoroso del pueblo cristiano aquella Consagración universal a Cristo Rey, lo muestre de nuevo al mundo para «colocar en su Corazón todas las esperanzas, pedirle a El y de El esperar la salvación de los hombres».

F. C.



(3) Pío XII. Enc. «Anni Sacri».

(4) Véase «Doctrina de Pueblos», CRISTIANDAD núm. 146, pág. 193.

(5) Véase también el artículo citado en la nota 1.ª.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: Soberanía de Amor (pág. 249)

En el día mundial de las Congregaciones Marianas (págs. 251 y 252).

La devoción al Corazón de Cristo y la perfección de la persona, por Jaime Bofill (págs. 254 a 256).

Cuanto es cosa más digna de consideración (pág. 257).

El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola (III), por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 258 a 262).

¡Ven al jardín, Jesús! por Rafael de los Reyes-García (págs. 263 y 264).

El primer don del Sagrado Corazón es su misma persona, por el P. Pablo Galtier, S. I. (pág. 264).

El Corazón de Jesús es la ley de Dios viva, Exhortación pastoral del Excmo. y Rvdmo. Dr. Torras y Bages (pág. 265).

La línea del sonido, por C. (pág. 266 a 268)

Carta del Padre Santo con ocasión del VII Centenario del Escapulario del Carmen (pág. 268).

Mensaje de exhortación y de gracia de Dios, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 271 y 272).

DE ACTUALIDAD: Ideal y misión del comerciante.—La persecución religiosa en Checoslovaquia, por J. O. C., (pág. 272).

ADVERTENCIA.—CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

EN EL DÍA MUNDIAL DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS

ES LA HORA DE DIOS

Se trata de que el mundo cristiano arda entero en llama de plegaria y sacrificio para obtener de Dios lo que El sólo puede dar: la Gracia y la Paz.

Alocución dirigida por el Secretario General de las Congregaciones Marianas a los Congregantes del Mundo entero, el pasado día 14 de Mayo, a las 21 horas, desde Radio Vaticana:

Congregantes del mundo entero:

El Secretariado Central de Congregaciones Marianas une a la alegría de hablaros de nuevo, desde esta ciudadela de la verdad católica, el santo orgullo de hacerlo en unos días en que la Iglesia, en los esplendores del Año Santo, está honrando a las Congregaciones de la Virgen María con la canonización de tres nuevos Santos Congregantes: Claret, Bartolomea Capitanio y Vicenta Gerosa.

Pero mientras la Iglesia glorifica a los Congregantes de ayer por su heroica santidad y por su intrépido apostolado, toca a los Congregantes *de hoy* pisar denodadamente las huellas de los que les precedieron, y dar al mundo entero el vibrante, juvenil, impávido testimonio de una vida dedicada al servicio de Cristo por María.

Sentido de nuestra Cruzada:
el deber de los Congregantes de hoy

Este justamente es el sentido de nuestra Cruzada. En el Año Santo, los millones de Congregantes del mundo entero no se conforman con alegrarse o enorgullecerse por la gloria de los Santos Congregantes que en otro tiempo lucharon alegres por la Iglesia bajo las banderas de María. Las horas brillantes de la glorificación de nuestros hermanos no son más que un alto en la lucha, una mirada a los ejemplos de quienes honraron esa misma bandera que ahora está en nuestras manos, y un acicate de fuego para redoblar nuestro esfuerzo y nuestra fatiga por la gloria de Dios y la defensa de la Iglesia.

La consigna de nuestro día mundial:
la defensa de la Iglesia

La defensa de la Iglesia. He aquí la consigna de nuestro DIA MUNDIAL y el sentido todo de nuestra Cruzada. Más aún; esa es la razón última de toda nuestra actividad de congregantes, de todos los trabajos apostólicos, de los esfuerzos por formar hombres y católicos perfectos, capaces de influir en el mundo con su ejemplo y con su arrolladora personalidad. Nuestra misma santidad nunca fué de mónacos y anacoretas, sino de Cruzados de Cristo, que saben muy bien que sus armas son sobrenaturales, la coraza de la justicia, el escudo de la fe y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Por eso, si siempre nuestra consigna anual acostumbra a proponer algún elemento fundamental, constitutivo del carácter de congregante y caballero de Nuestra Señora, pocas habrá tan esenciales a nuestro espíritu, como ésta que nos hace Cruzados de la Iglesia.

No quiero ciertamente ofenderos con una explicación sobre el sentido y la práctica de nuestra Cruzada. No habéis esperado a este día para iniciarla, sino que en casi todos los países de la tierra os habéis levantado ya como un inmenso ejército, y habéis suscitado el entusiasmo y la colaboración de otros muchísimos cristianos de buena voluntad. La Cruzada está en marcha. Pero Pablo, el espe-

jo de apóstoles de Cristo, nos enseña a no mirar atrás con vana complacencia, sino a mejorar cada día y cada hora nuestro esfuerzo, pensando en lo mucho que todavía falta por conseguir.

Y confesémonos, sin pesimismo, pero con animosa sinceridad, que falta todavía mucho por obtener, de los objetivos propuestos.

Los objetivos de la Cruzada

Se trata en primer lugar, de que el mundo cristiano arda entero en llama de plegaria y sacrificio, para obtener de Dios, lo que El solo puede dar: la Gracia y la Paz. Luz de Dios en las inteligencias entenebrecidas; sentimiento de amor en los corazones endurecidos. El materialismo de Oriente y Occidente amenaza ahogar la luz del Evangelio, con sangre y con barro. Y si un Papa santo no veía la salvación de la Iglesia y del mundo cristiano, amenazado entonces por las cimitarras del Oriente, sino en la protección de Dios obtenida por la intercesión de la Virgen María, esa es también ahora el arma omnipotente que preserve las almas inmortales contra la potencia destructora de la materia.

El grado de intensidad y de fervor que corresponde al Congregante en esta Cruzada de Oración

Reconozcamos que en esta Cruzada de oración, en este esfuerzo sobrenatural para impetrar la misericordia divina y su omnipotente protección, puede haber muchos grados de intensidad y de fervor, desde la modestísima práctica de alguna oración ritual para pedir una gracia. Se ha señalado en nuestra Cruzada un programa concreto de plegaria, el Santo Rosario, la Santa Misa, y de alguna mortificación. Era necesaria esta fijación mínima de actividades, para hacer posible la intervención de todos los cristianos de buena voluntad. ¿Pero es ese el ideal de un congregante? Cada corazón consagrado a la Reina del Cielo, ardiente en amor de Dios y celo de las almas, se debe responder a sí mismo: NO. "Orate sine intermissione". Cuando se trata de las desoladoras guerras materiales, ningún ejército, si conserva alguna esperanza de victoria, se limita a un mínimo formulario de actividad.

Está en juego, como ha dicho Pío XII exhortándonos a la Cruzada de Oración, el mismo destino eterno y sobrenatural de los hombres

En esta Cruzada de defensa de la Iglesia se juega la vitalidad misma del Cristianismo; porque no se trata de este o del otro dogma, de este o del otro derecho de la Esposa de Cristo; está en peligro, ha dicho el mismo Pío XII, exhortándonos a esta Cruzada de oración el mismo destino eterno y sobrenatural de los hombres, negado y combatido ferozmente por el materialismo de toda especie. El congregante y caballero de María, en esta lucha sin

igual, no puede contentarse con llenar un papelito de protesta, ni siquiera en ser fiel a tal cual práctica piadosa. Sería algo así, como si, en una guerra de defensa de la Patria contra un injusto invasor, un joven sano y vigoroso se limitase a suscribir una modesta cantidad mensual para la adquisición de vendajes.

No esperéis que se os de una nueva consigna. El amor y la valentía no sufren reglamentación

Pero no esperéis que se os dé una nueva consigna, o que se fijen nuevas prácticas, por así decirlo, reglamentarias. El amor y la valentía no sufren reglamentación. Amáis a Dios, a su Madre y a su Iglesia, ardentemente, apasionadamente. Bulle en vuestras venas la sangre animosa de los héroes y mártires de Cristo. Basta. El Espíritu Santo escribirá con letras de fuego en vuestros corazones, cuánto haya que orar, que trabajar, que padecer en cada caso. Yo sólo os pido en nombre de vuestra Reina y Señora, que seáis generosos y abnegados, que seáis dignos de esa imagen de María que adorna y honra vuestros pechos.

Y ése es también vuestro camino para propagar entre los demás cristianos el entusiasmo por nuestra Cruzada. Son ciertamente necesarios los medios materiales de propaganda, millones de hojas volantes, miles y miles de folletos, emisiones radiadas, difusos carteles anunciadores, circulares sin cuento, toda la técnica moderna de la difusión al servicio de la causa de Dios. Todo es necesario y todo será poco para tan alto empeño. Pero todo será nada sin el fuego interior, sin la decisión arrolladora, que no me avergüenzo de llamar «pasión proselitista», porque nada hay tan santo y tan noble como ganar almas para el ejército del Espíritu. Un corazón entusiasta, unos ojos brillantes, una voz cálidamente persuasiva, hacen más que mil opúsculos y que un torrente de propaganda impresa. Reunid los mejores en células de entusiastas, en pequeños grupos que se comprometan a una más ferviente oración, a una más austera penitencia, a un trabajo más intenso en la propagación personal de la Cruzada. Cada una de estas células será una antorcha en el mundo entenebrecido, una fuerza de choque en la lucha por el Reino de Dios.

No desdeñéis en modo alguno la viril actitud del cristiano que defiende, también con medios humanos, lo que hay de más santo y sagrado

Y por mucho, que deban exaltarse ante todos los medios espirituales de la oración y del sacrificio, no desdeñéis en modo alguno la viril actitud del cristiano que defiende, también con medios humanos, lo que hay de más santo y sagrado. Toda Moral consagró siempre la licitud de la legítima defensa de los bienes terrenos, de la vida y aun de la misma propiedad. ¿Quién cuidará de nuestro derecho y aun de nuestro grave deber de tutelar los bienes supremos del espíritu contra la más injusta y criminal agresión?

Es cierto, quizás no sea siempre y en todas partes oportuno emplear medios materiales de resistencia y de protesta contra la infame ofensiva de todos los materialismos. Pero nunca y en ninguna parte se nos dispensará de estar siempre alerta, de aprovechar toda ocasión para defender a la Iglesia, de emplear al menos esa protesta que es siempre posible, la protesta de los hechos constructivos contra la ofensiva de destrucción.

La más eficaz de las protestas: la del amor, la de la abnegación, del desprendimiento, de la más acendrada espiritualidad

El materialismo de toda especie inculca en el mundo los trágicos gérmenes del *egoísmo*, del *odio*, de la *rapiña*, de la *incredulidad*. Pues bien, ¿en qué momento, en qué ambiente no será posible a los cristianos oponer la más suave, pero la más eficaz de las protestas, la protesta del amor, de la abnegación, del desprendimiento, de la más acendrada espiritualidad? No es nueva esa táctica en la Iglesia de Dios. Así fué como, en los primeros siglos del cristianismo, los poderosos Emperadores paganos fueron vencidos y deshechos por los inermes seguidores de Cristo. Con las armas de la virtud cristiana, una frágil virgen de doce años era más poderosa que el más aguerrido y cruel de los Prefectos. He aquí, pues, el elemento más precioso y más decisivo de nuestra Cruzada. El materialismo quiere ahogar las almas de los hombres en sangre de odios, en fango de inmoralidad, en negación de espíritu. En pie, pues, todos, Caballeros de María, a iluminar el mundo con la luz blanca de una vida inmaculada, a encenderlo con el fuego de la caridad, a sublimarlo de su bajeza con el divino testimonio de un Dios que se hizo hombre para hacer a los hombres «consortes divinæ naturæ».

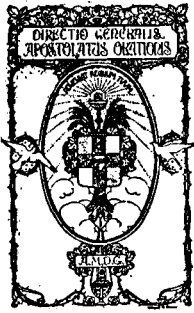
¡Dios lo quiere!

Dios lo quiere, habéis oído la voz de su Vicario en la tierra: «Que a nadie sea ya lícita la desidia, la pereza y el ocio, cuando tan grandes males se ciernen sobre la Iglesia de Cristo... Que no se pueda ya decir nunca más que los hijos de este siglo son más prudentes y decididos que los hijos de la luz» (1). Es la hora de Dios. Es la hora de que los católicos de todo el mundo se reúnan en torno a sus pastores en haz apretado de oración perseverante, y de acción eficaz. Es hora de que los Congregantes Marianos se ofrezcan en esa Cruzada para los más difíciles empeños y las más audaces conquistas. Lleváis con vosotros el lábaro de María, sois sus soldados y embajadores, el honor de su nombre está en vuestras manos. Congregantes de María, ¿qué no seréis capaces de hacer y padecer por la gloria de vuestra Reina?

Ave María.

(1) Epist. Encíclica «ANNI SACRI», 12, 3, 50.





La reparación por nuestros pecados

(Intención del Apostolado de la Oración
para el mes de junio de 1950)

La presente intención nos brinda la oportunidad de explicar nuevamente en los Mensajeros del Sagrado Corazón de modo sólido y profundo, a la vez que popular, aquella Encíclica de Pío XI, célebre en la historia de la devoción al Sagrado Corazón: «Miserentissimus Redemptor» (8-V-1928), que determinó como la forma definitiva y el concepto de esta devoción. Ahora bien, explicar esta Encíclica es lo mismo que tratar «del deber de honesta satisfacción o reparación, que nos obliga con el Corazón de Jesús»; reparación que es nota característica del culto al Sagrado Corazón, pues el amor olvidado y herido de nuestro Salvador constituye un elemento esencial en la devoción de la Iglesia al Sagrado Corazón.

I. *Necesidad de la reparación.*—Por medio de la reparación al amor increado, descuidado por el olvido o violado por la ofensa, se compensan las injurias en algún modo inferidas. Es, pues, propio de la satisfacción o reparación el compensar, el expiar, cuanto se pueda y de los múltiples modos que sugiere nuestro amor, la ingratitude, las ofensas, los pecados de todos y cada uno de los hombres, cometidos contra aquel que tanto les amó y se entregó a sí mismo por ellos, para que fueran hijos amados de su Padre celestial.

A la reparación estamos obligados por doble título:

1. *De justicia.* Para que sea expiada la ofensa hecha a Dios por nuestras ignominiosas acciones, y se restaure por la penitencia el orden violado. Puesto que todos hemos pecado, también todos debemos satisfacer. Nuestro Salvador ciertamente ha satisfecho por nosotros abundantemente, pero por la disposición admirable establecida por la divina Sabiduría, según el cual hay que completar en nuestra carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia (Col. 1, 24); por esto a las alabanzas y satisfacciones de Cristo podemos, más aún, debemos también añadir nuestras adoraciones y satisfacciones.

Pero todo el valor de nuestra expiación procede del único sacrificio cruento de Cristo, que siempre se renueva de modo incruento en nuestros altares. Pero debe juntarse con este sacrificio eucarístico la inmolación no sólo de los ministros sino también de los fieles, para que ellos mismos también se ofrezcan «como hostias vivas, santas, agradables a Dios» (Rom. 12-1) porque aquel sacrificio no se celebra con la debida santidad, si no corresponde nuestra oblación y nuestro sacrificio a la Pasión (S. Cipriano, Epíst. 63, 9); por lo cual, debemos inmolar nuestro amor propio y nuestras concupiscencias.

2. *De amor.* Para que padezcamos juntamente con Cristo paciente y saturado de oprobios y le ofrezcamos algún consuelo según nuestra pequeñez. Porqué y en qué modo podemos consolar a Cristo por los dolores padecidos en su pasión personal y en su cuerpo místico se aplica en la encíclica «Miserentissimus Redemptor». También dice San Pablo que los pecadores de nuevo crucifican a Jesús; desde antiguo se ruega a la Madre dolorosa que haga que nos condolamos con el Crucificado; la Iglesia desde siglos propone a todo el pueblo para ser meditados los «Improperios»; S. Ignacio quiere que nosotros sintamos ahora «dolor con Cristo doloroso». «Dame uno que ame y entenderá lo que digo», dice San Agustín.

Para lavar nuestras culpas recomienda la Iglesia, además de la fiesta del Sagrado Corazón, la comunión reparadora y la Hora santa. En general además se nos exhorta a que tributemos al Sagrado Corazón todo el obsequio de nuestra piedad y que nuestra misma consagración a este Corazón, más aún toda nuestra vida la informemos en cierta manera de espíritu de expiación para que amemos siempre más a Cristo con amor reparador.

II. La necesidad de la reparación es muy urgente *en este tiempo nuestro*, porque el mundo está en verdad puesto en maldad; de modo particular expiemos:

1. *Los crímenes de los ateos y de los que odian a Dios*, que fomentan y propagan el odio contra Dios y contra Cristo; véase la exhortación Apostólica de Pío XII sobre la Misa votiva en expiación del crimen de los que odian a Dios (11-II-1949).

2. *Las crueles persecuciones contra la Iglesia* en no pocas regiones (Rusia, Estados bálticos, Rumania, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, China).

3. *Los vicios entre los fieles:* la ignorancia, indiferencia y desprecio de las cosas divinas, la muelle educación de los niños, el olvido del pudor cristiano, la perversión de las costumbres, la profanación del santo matrimonio, el deseo desenfrenado de los bienes caducos, la deserción de tantos a las filas de los enemigos...

Grave es la culpa por la que este siglo está contaminado y por la que no sin razón, teme formidables castigos de Dios. Por esto, contra nuestros propios crímenes, contra los castigos inminentes, construyamos un muro y preparemos el remedio por medio de renovadas oraciones, penitencias, buenas obras, hechas con espíritu de reparación, principalmente asistiendo al Sacrificio Eucarístico en el que la ira de Dios se aplaca por la sangre del Cordero inocente.

Y como en esta nuestra edad abunda ciertamente la iniquidad, por esto es urgentísima la necesidad de la reparación. Pero la reparación ordinaria nuestra ya no puede ser bastante en circunstancias extraordinarias. Por la magnitud de la culpa el mundo moderno tiene el deber de prestar al Amor infinito herido una mayor reparación. Auméntese, pues, el número de aquéllos que con ánimo pronto se afanen en satisfacer por tantas injurias al Divino Corazón con penitencias y sacrificios heroicos incluso, más aún, que no duden en ofrecerse a sí mismos a Cristo como víctimas, Creciendo la malicia es preciso que crezca también la reparación: penitencias generosas, mortificaciones aceptadas de corazón, suma paciencia en los dolores gravísimos... Así en algún modo se conservará el equilibrio entre el bien y el mal.

Véase también la Encíclica de Pío XI «Charitate Christi compulsi» (3-V-1942): acerca de las súplicas y expiaciones que hay que tributar al Sagrado Corazón de Jesús en la presente crisis de la humanidad.

LA DEVOCION AL CORAZON DE CRISTO Y LA PERFECCION DE LA PERSONA

Al Rvdo. D. Raimundo Panikker, Pbro., Sacerdote
de la Congregación de la Santa Cruz y del Opus Dei

Había terminado una primera redacción de esta nota cuando me llega una de tus cartas breves y efusivas en que me dices una vez más tu entusiasmo por Santo Tomás. Te consta también el mío —no me harías tu confidencia en otro caso—, y ello tanto más cuanto que de este común entusiasmo se ha nutrido nuestra amistad.

Lo que ocurre, me dices, es que a Santo Tomás no se le conoce. Y estamos de acuerdo otra vez en que este desconocimiento ha encontrado una de sus expresiones más pertinaces en la interpretación «intelectualista» según la cual el Angélico, forzado por no sé qué tajante alternativa, preferiría en su doctrina los valores del corazón para conceder la primacía a una inteligencia friamente especulativa.

¡Si por lo menos la inteligencia misma hubiese sacado ventaja de ello! Pero no ha sido así, por desgracia. Privada, en efecto, de un peso que hiciese gravitar su actividad hacia un último fin totalmente humano, empezó a trabajar de vacío y a entregarse a juegos brillantes y estériles, mortal caricatura de la profundidad.

No hago en este momento una crítica, sino una confesión. Aun combatiendo en teoría el intelectualismo, me encuentro, en la práctica, en la dolorosa situación de no saber superarlo; y por ello me hago más cargo de cuán difícil es primero *definir*, pero además *participar* del espíritu de Santo Tomás.

Es, sin embargo, preciso luchar contra esta «deformación profesional». ¿Y no se impondrá para ello —de modo parecido a cuando de la salud corporal se trata— encontrar un clima adecuado?

No me parece serlo el trabajo solitario. Difícilmente se libra éste de la tendencia a excederse en el análisis; lo cual lleva consigo la amenaza de este mismo peligro que pretendemos evitar. Ni es mejor ambiente la disputa —a cuyo atractivo he cedido a veces—, porque si ella tiene ya calor, no es éste vital, sino febril. En cambio, el diálogo, orientado hacia un Ideal común, me parece libre de todos estos inconvenientes; por eso me decido a hacer público el nuestro, en ocasión en que se me confía un tema que se encuentra, justamente, en el término de nuestra común preocupación. Si no sé desarrollarlo del modo directo, simple, que ignora la fórmula o la supera, como debería ser tratado, ya he confesado antes mi incapacidad; que este reconocimiento y esta incapacidad misma me atraigan, de ti y de nuestros lectores, vuestra benevolencia y compasión.

I. Persona y oración

La filosofía deberá reconocer como una necesidad radical de la Persona la Oración. ¿Sabrá aprovecharse para ello del sentimiento de impotencia que en este momento la invade? La oración tiene su principio, en efecto, en la impotencia sentida. No ora quien se siente poderoso, quien ha puesto la confianza en sí mismo. Pero ¿este poner la confianza en sí no es una opción legítima! Es, en efecto, la corrupción de la Ley fundamental de la Persona: la *tendencia a la infinitación*.

Atendamos, primero, a esta Ley. Veamos luego cómo la confianza en sí es su corrupción. Finalmente, cómo la Oración es la restauración de esta Ley.

1. La tendencia a lo Infinito, Ley fundamental de la Persona.

El primer elemento de la clásica definición de la Persona que nos legó Boecio: «*Rationalis naturæ* individua substantia», entraña ya virtualmente la tendencia de la Persona a la «infinitación».

Todos los demás seres tienen una naturaleza *particular* y *parcial*, dicen razón de *parte*. La Persona, en cambio, emerge entre ellos dotada de los caracteres de un *todo*; puede proyectar sus experiencias en un plano de *universalidad*, puede ser *objetiva*. Santo Tomás explica:

«Cualquier substancia intelectual *lo es todo* hasta cierto punto en cuanto que es comprensiva de todo el ser por su inteligencia; mientras que cualquier otra sólo posee una participación particular del ser...» (III C. G., c. 112).

No es de extrañar que, al remontar la «Escala de los Seres», el encuentro con la Persona aparezca como una liberación:

«Hay que saber —escribe Santo Tomás— que *un sujeto puede ser perfecto de dos maneras*. En primer lugar, por la perfección que le compete según su ser específico; pero, toda vez que el ser específico de un sujeto es distinto del de otro, resulta que en cualquier criatura tanto le falta a ésta su perfección para ser la perfección pura cuanto se encuentra en mayor grado en otras especies; de suerte que *la perfección de cualquier sujeto, considerado en sí mismo, es imperfecta*, como parte que es de la perfección de todo el Universo, la cual surge de las perfecciones de todos y cada uno de los seres, unidos entre sí.» (II De Ver., art. 2, c.)

Quisiera hacer un alto aquí para ahondar en el contenido, verdaderamente dramático, de este pasaje.

Por el hecho mismo de pertenecer a una especie (¿y cómo podría evitarse esto?), toda criatura es radicalmente antinómica: *su perfección es imperfecta*. Se atrae, entonces, por una parte, la atención de nuestra inteligencia; no le ofrece, en cambio, por otra, base suficiente para que pueda descansar definitivamente en ella. Lejos de constituir la criatura una unidad inteligible cerrada, capaz de ser reflejada intelectualmente en conceptos estáticos, su complejidad ilógica —«*perfectio imperfecta*»— impone a la inteligencia un proceso dialéctico hasta integrarla en una síntesis superior. La criatura, por ser parte, no encuentra su inteligibilidad más que en el «Todo» a que pertenece y al que está ordenada; y este orden, en definitiva, no es otro que el Orden mismo Universal.

Toda criatura se encuentra como aprisionada por este orden; ¿se verá también la persona reducida a esta esclavitud?

Sigue escribiendo Santo Tomás:

«Para que hubiese un remedio a esta imperfección se da entre las criaturas un *segundo modo de perfección*, se-

gún el cual la perfección propia de un ser se encuentra *al mismo tiempo* en otro. Y *ésta es la perfección del ser cognoscente en cuanto tal*, ya que algo es conocido en cuanto está, de alguna manera, en quien le conoce. Y así, se dice que «el alma, de alguna manera, lo es todo», porque está hecha para conocerlo todo.

»Ahora bien; según este nuevo modo de perfección, resulta posible *que se dé en un sujeto la perfección de todo el Universo*. Esto era, cabalmente, la última perfección a que el alma podía aspirar según los antiguos filósofos, a saber: que se describiese en ella todo el orden del Universo y sus causas. En lo cual pusieron el último fin del hombre, que, según nosotros, está en la visión de Dios» (Ibid.).

Todo el orden del Universo y sus causas; más todavía, Dios mismo, puede venir a constituir la riqueza del alma por la vía del conocimiento.

Este poder de referir a un orden Absoluto todos nuestros conocimientos particulares permite al hombre ser «objetivo» en sus juicios; es decir, conceder a cada cosa el valor que realmente tiene. De aquí que pueda ser también objetivo en su actitud, es decir, tomar como propia la causa del Bien por encima de sus intereses particulares. El *Bien universal, es decir, lo Infinito, será, si es fiel a su naturaleza, su ámbito espiritual*.

2. La confianza en sí, corrupción de esta Ley.

La confianza en sí entorpece la tendencia a lo Infinito, que es la Ley fundamental de la Persona, o la desvía, según tenga un origen carnal o un origen espiritual. La carne se opone a la razón, no sólo levantando contra ella sus pasiones, sino, anteriormente, limitando su alcance. Todos los vicios carnales zapan de un modo u otro nuestra vida de ser racional: «hebetudo mentis», «inepta lætitia», «scurrilitas», «multiloquium», «caecitas mentis», «inconsideratio», «affectus præsentis sæculi et horror futuri», etc., que son los efectos principales de tales vicios, ¿qué significan sino una debilitación de las exigencias de nuestra razón, un enturbiamiento de su mirada, la renuncia a plantear *en lo trascendente* nuestro destino?

El hombre carnal ha renunciado a lo Infinito para encerrarse en la seguridad del «hic et nunc». El hombre carnal llevará una vida alegre y confiada, inconsciente del precio de su vida. Por esto puede tener confianza en sí mismo.

La victoria del espíritu no nos libra, por su parte, en toda circunstancia, de este riesgo de auto-reclusión. No sólo, en efecto, por carnalidad, sino también por orgullo, puede el hombre encerrarse en sí mismo, pretender afirmarse como suficiente. No negará ahora lo Infinito, pero lo equiparará a Sí. Su «yo» particular se dilatará hasta llenar todo su horizonte. Su destino a la unión con Dios, a una «divinización» por *entrega*, se fuerce en una divinización por *suplantación*. Es la confianza en sí del «non serviam» primitivo, el pecado, si te entendí bien, del idealismo alemán. El infinito real es substituído por un infinito imaginario, al que el hombre no ha de «tender» ya, porque ya «posee». Antes se instalaba en el límite; ahora lo suprime. *En ninguno de los dos casos, el límite real de su condición de criatura ha sido verdaderamente superado*. Ello podía obtenerse, en definitiva, por el trato con Dios; mas ahora sigue permaneciendo voluntariamente en su soledad.

3. La restauración de la Ley.

Si se da conciencia de su condición, puede optar por una doble salida: falsa la primera —*la desesperación*—, verdadera la segunda: *el sacrificio*. El sacrificio restaura en la Persona la Ley que la ordena a lo Infinito. Contra el orgullo, acepta nuestra condición de criatura lo que hay en nosotros de impotencia, de incomprensión, de déficit en amor. Contra la carnalidad, nos arranca de nuestro

apego al límite: subordina, efectivamente, al Bien absoluto nuestro egoísmo mezquino.

La fuerza para el Sacrificio está en la Oración. Por ella encuentra el hombre la fuerza para salir de sí y entrar en el camino de su «infinitación» objetiva; la *única oportunidad* de estar a la altura de su vocación de ser racional. Sólo por ella puede superar la desproporción dramática que existe entre su condición de ser finito y el Fin que le ha sido asignado y al que ha de ordenar su vida.

La adopción de este punto de vista debe de ser difícil para los filósofos: no sería, de otra suerte, tan infrecuente entre ellos. ¡Con qué claridad y sencillez lo expresa Peter Wust —aquel hombre que se atraía las ironías de Nicolai Harmann, el racionalista, por su delicadeza de conciencia— en su testamento espiritual! CRISTIANIDAD lo reprodujo hace un tiempo de un «Christmas» de la revista ARBOR:

«Y si ustedes me preguntan ahora, antes de que me vaya y me vaya definitivamente, si no conozco una llave mágica que pueda abrirle a uno la puerta para llegar a la sabiduría de la vida, yo les diría: ciertamente. Y esta llave mágica no es, por cierto, la reflexión —como tal vez podrían esperar ustedes que les contestara un filósofo—, sino la oración. La oración, concebida como suprema entrega, nos hace sosegados, nos hace como niños, nos hace objetivos. Para mí, el hombre penetra cada vez más en el ámbito de lo humano en la medida en que es capaz de orar —y aquí me refiero sólo a la oración genuina—. La oración es el rasgo característico de la suprema humildad de espíritu. Las grandes cosas de la existencia sólo se otorgan a los espíritus que oran. Y donde mejor se aprende a orar es en el sufrimiento...»

Peter Wust —digámoslo de paso— supera en este pasaje la oposición que han querido ver algunos entre el «Dios de los filósofos» y el «Dios de los cristianos». La necesidad de la oración se le presenta en efecto, *como una exigencia de su Metafísica misma*. Se dió claramente cuenta de que el Absoluto que esta ciencia busca no puede ser sino una Persona; y que la actitud a tomar frente a una Persona, no es, en última instancia, sino la entrega.

Sólo esta suprema entrega hace al hombre *objetivo*. Por este camino llegamos a lo más profundo del hombre, a su necesidad de unión con Dios. Esta unión ha de perfeccionarse por un diálogo. Mas entonces ya se ve que no puede el hombre recabar la iniciativa en la empresa de su salud, sino Dios. El hombre ha de *aceptar* el ofrecimiento de amistad que Dios le ha hecho, y dejarle obrar en sí, si quiere alcanzar la perfección. Esta no es una conquista; es una renuncia.

II. La oración al Corazón

El diálogo con Dios en que nuestra perfección culmina no puede ser un «decir» puramente intelectual, en el que se afirma lo que es un objeto, sino un decir «personal» en el que el sujeto se manifieste a sí mismo. La tendencia del diálogo es a la *revelación* propia.

La oración está en la línea del diálogo, y lo que el sujeto da a conocer en ella es su propia indigencia. La oración supone la conciencia de la propia indigencia. Esta conciencia lleva consigo, de sí, la absoluta sinceridad. Quien ha llegado a ser consciente de su indigencia absoluta, de su dependencia absoluta con respecto a Dios, no puede fingir. Un mundo ficticio ha perdido para él todo interés: su propio asunto es demasiado grave. Se muestra simplemente, espontáneamente, en una naturalidad irremediable. Pero *sin darse cuenta ha alcanzado con ello la profundidad*: su propio Ser, no algún pensamiento o sentimiento más o menos epifenoménicos, ha hecho irrupción en su conciencia.

Por esto, porque la oración es una *actitud última*, no

PLURA UT UNUM

puede dirigirse a la *sola inteligencia* de quien la recibe. Un «le entiendo a usted perfectamente: usted es indigente» no es la respuesta adecuada. La oración pide una comprensión, un «me hago cargo», que sean más que intelectuales; que sean eficientes en la compasión y en la ayuda. Busca interesar, no la curiosidad del otro, sino su corazón; afectarle —es lo mismo— *como Persona*.

La dialéctica en que la oración intenta moverse es la dialéctica de la Bondad. Requiere, por lo mismo, del Otro, su atención. La oración, como todo diálogo, supone que el Otro preste una atención especial a quien le implora, se dirige a una *Persona atenta*. La oración a Dios se dirige a un Dios atento, y ello para exponerle, ante todo, nuestra indigencia fundamental: la indigencia de Infinito; en la oración, la Persona expone —con sólo «ser» en la presencia de Dios— su indigencia ontológica —«*omnia appetunt Deum*» (I.^a, q. 44, art. 4)— de Infinito; la absoluta necesidad que tiene de Él. La Persona se presenta ante Dios, en la oración, como «*capax Dei*» y pidiendo que esta capacidad sea colmada. Su humildad y veracidad son una suprema audacia. Por esto la oración nos dignifica.

La Persona no pide, primordialmente, en la oración, que Dios le deposite sus «dones», sino que se le dé Él mismo. Es la única respuesta legítima a los avances de un Dios que se ofrece. No puede presentar nada a cambio de este Infinito que pide; pero toda su fuerza está precisamente en ello. La oración tiene su único refugio en la dialéctica de la Bondad, en un Corazón cuyo Amor es infinito y que sabe que no podrá resistir al ímpetu expansivo de su Misericordia. La oración se dirige a un Dios

conocido como «*maxime liberalis*», como la *liberalidad misma*:

«Obrar por indigencia es propio de un agente imperfecto, que en parte es activo y en parte pasivo en su obrar. Pero tal modo de ser no compete a Dios. Y por esto sólo Él es la liberalidad misma, ya que no obra para su utilidad, sino por su Bondad.» (I.^a, 44, art. 4.)

La oración al Corazón de Cristo

Una superación del intelectualismo, si es sobrenatural y cristiana, ha de conducirnos, lógicamente, hasta aquí. Porque *la oración al Corazón de Cristo cumple, para un cristiano, sus últimas exigencias personales*.

Es preciso que la filosofía dé este último paso, a saber: ponerse en continuidad, no sólo con una «teología dogmática», sino con una «*pietas*», que es condición del estado perfecto que deseamos para ella. Echo de menos, entre todo lo mucho buenos y óptimo que he admirado en tus escritos, este último paso decisivo.

La oración al Corazón de Cristo, «concebida como suprema entrega» —es decir, como «*devotio*»—, es la aceptación del don que Cristo hace de sí mismo; es aquel «*revestirse de Cristo*» en que consiste nuestra vocación de cristianos. La devoción al Corazón de Cristo refrenda, por lo mismo, nuestra vocación a la Infinitud. El sacrificio que nos impone no es la mutilación, sino el heroísmo. La devoción al Corazón de Cristo es nuestro testimonio al Espíritu, y es el testimonio del Espíritu su Presencia en el mundo.

Por ella esperamos ser salvos.

Jaime Bofill

Corazón de Jesús, en el cual están escondidos todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia

Entre las pruebas de la infinita benignidad de nuestro Redentor, brilla muy especialmente el que, enfriándose la caridad de los fieles, se nos presentó la caridad misma de Dios para que se la honrase con particular culto, y se nos manifestaron espléndidamente las riquezas de su bondad por medio de la piadosa práctica con que es venerado el Sacratísimo Corazón de Jesús, en el cual están escondidos todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia (Coloss., II, 3). Pues, como en otro tiempo quiso Dios que el humano linaje, que salía del Arca de Noé, apareciese una señal de amistoso pacto, el arco iris visible en las nubes (Gen., II, 14), de la misma manera, en los recientes turbulentísimos tiempos, como se extendiese la famosa herejía jansenista, la más taimada de todas, enemiga del amor y piedad para con Dios, que predicaba que éste, no tanto debía ser amado como padre cuanto temido como implacable juez, el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, y como presagio de no dudosa victoria en la contienda.

Enc. «*Miserentissimus Redemptor*», de Pío XI. (De la obra «Al reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón». Col. de documentos pontificios, página 188)

Cuanto es cosa más digna de consideración...

El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal

Oración. *La oración preparatoria sea la siguiente.*

1° preámbulo. *El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Será aquí ver, con la vista imaginativa, sinagogas, villas y castillos, por donde Cristo nuestro Señor predicaba.*

2° pre.° *El 2°, demandar la gracia que quiero. Será aquí pedir gracia a Dios Nuestro Señor, para que no sea sordo a su llamamiento, mas «presto y diligente para cumplir» su santísima voluntad.*

1° punto. *El primer punto es, poner delante de mí un rey humano, elegido «de mano de» Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos «hombres» cristianos.*

2° pun.° *El 2°, mirar cómo este rey habla a todos «los suyos», diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar «como yo» en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.*

3° pun.° *El 3°, considerar qué deben responder los buenos súbditos, a rey tan liberal y tan humano, y «por consiguiente», si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por «perverso caballero».*

En la 2ª parte. *La segunda parte deste ejercicio consiste, en aplicar el sobredicho ejemplo del*

rey temporal, a Cristo nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos.

1° punto. *Y cuanto al primer punto, si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante dél «todo el universo mundo, al cual» y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es «de conquistar todo el mundo y todos los enemigos», y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria.*

2° pu.° *El 2°, considerar, que todos los que tuvieren juicio y razón «ofrecerán todas sus personas al trabajo».*

3° pu.° *El 3°, los que «más se querrán afectar y señalar en todo servicio» de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas, aun haciendo contra su propia sensualidad, «y contra su amor carnal y mundano», harán oblações de mayor «estima» y mayor «momento», diciendo:*

Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblação, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, «de» imitaros en pasar todas injurias y todo «vituperio» y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en «tal vida y estado».

... y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, hermoso y gracioso, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina; antes bien les atraerá.

Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

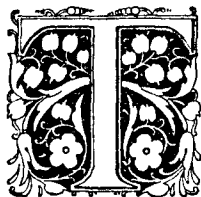
(«Actualidad de la fiesta de Cristo Rey», por Ramón Orlandis S. J.; véase num. 39 de CRISTIANDAD)

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

III

LA CRUZADA EN LOS EJERCICIOS

PROEMIO



ENGO para mí, lector amigo, que has tenido la benevolencia paciente de leer con alguna atención los dos artículos que con idéntico título se han publicado en *CRISTIANDAD* (núms. 145 y 146), tengo para mí, digo, que te habrás dejado persuadir de que hubo de ser muy intensa, vibrante y alentadora la emoción que experimentaría Iñigo de Loyola al oír promulgar y predicar la Cruzada en el año 18 del siglo XVI. Quien por una parte conozca suficientemente el ambiente de la Europa en aquel entonces, y en particular el de España, y por otra el espíritu de Iñigo y las condiciones en que se hallaba, no podrá menos, a nuestro parecer, de compartir con nosotros la persuasión de que las deducciones que de esas premisas hemos sacado no pecan de gratuitas ni de aventuradas, sino que son legítimas y aun obvias.

Y ten entendido, amigo lector, que en aquellos dos artículos no hemos hecho sino apuntar la fuerza de la argumentación, que en verdad se va penetrando a medida que se estudian ambas premisas: el conocimiento de la época y el del espíritu y condiciones de Iñigo. Si el Señor nos sigue dando humor y fuerzas, tiempo y oportunidad, no renunciamos, en una serie de artículos —su número no nos es fácil calcularlo—, dar más luz a las suposiciones y deducciones que formulamos.

Deber nuestro es el circunscribirnos a tratar el asunto según las normas prescritas por la índole propia de esta revista. No es ella técnica ni especializada, sino de divulgación —no de vulgarización, que no es lo mismo—. Así, rogamos humildemente al especializado en cuyas manos caigan estos modestos trabajos quiera hacerse cargo de esta advertencia y no exija de nosotros método científico. No quiere esto decir, modestia aparte, que no pueda hasta un científico sacar algún provecho de la lectura de estos artículos. Tal vez hallará en ellos alguna idea, alguna observación, que no se encuentre en los libros, donde se intenta profundizar más y más la doctrina espiritual de San Ignacio, tanto especulativa como práctica. Cuanto más la estudiamos nos parece más completa, más profunda, más inexhausta, más insondable... Y si nos preguntara alguno por qué no reservamos estos humildes estudios para alguna de las revistas técnicas y especializadas que con tanto mérito y provecho se publican, le responderíamos que por dos motivos: es el primero la relación especial que nos liga a *CRISTIANDAD*, y el segundo la persuasión de que puede ser de no poca utilidad la de divulgar entre los cristianos católicos de cultura suficiente la doctrina espiritual de los Ejercicios de San Ignacio. Quien sabe algo de escribir y de transmitir las ideas y su valor y dinamismo habrá de reconocer y confesar que no es liviana tarea la de acomodarse a lectores o a oyentes que, por más ingenio y cultura que posean, no están en aquel grado de preparación próxima que tanto posibilita y aun facilita la transmisión del pensamiento.

Y por lo que a *CRISTIANDAD* atañe, esta innegable difi-

cultad, lejos de aminorarse, sube no poco de punto; porque es uso de esta revista el dar a sus números cierta unidad, así de materia como de intención —unos lo alaban, otros amigablemente lo reprueban, ¡es tan humano!—, mas, a la postre, es un hecho, y este uso nos obliga a adaptar lo más posible nuestro artículo al pie forzado del número y, por ende, a dar explicaciones y rodeos, en otras condiciones innecesarias, pero en nuestro caso inexcusables. Además, es propósito nuestro ineludible el poner nuestros artículos, sean lo que sean, al servicio de la Cruzada de Oración y Penitencia promovida por el Apostolado de la Oración, cosa, a nuestro entender, factible y que compensa con mucho las quiebras que tal designio y tal acomodarse habrán de inferir en la redacción de los artículos.

Sirva esta observación previa a guisa de aquello a que nuestros antepasados daban el nombre de *prólogo galeato* para todo el que se anime a leer esta serie de artículos que proyectamos, como anticipo general a todos y cada uno de ellos, en orden a facilitar en algún modo la inteligencia, así de su contenido propio como del lugar que le ha tocado en la serie.

LA CRUZADA DEL REY TEMPORAL

Para ir desarrollando el tema que nos hemos propuesto, nos será necesario ir variando con alguna frecuencia el punto de vista. Unas veces será preferible situarnos algo lejos de Iñigo, vivir en cuanto podamos en el ambiente que en él hubo de influir, y conjeturar o adivinar o descubrir, a ser posible en el mismo Iñigo, el influjo efectivo recibido o, por lo menos, algunos indicios que nos orienten. Otras veces podrán hallar datos en la persona misma de Iñigo o en su vida o en sus obras que a la luz recibida del conocimiento del ambiente serán suficientes para causar convicción definitiva.

Tal es, a nuestro parecer, el dato que nos proponemos hoy estudiar, trastocando el plan que nos habíamos propuesto. Es él de la mayor autenticidad, como nos lo ofrece nada menos que el libro de los Ejercicios, y no en alguno de sus rincones, sino en uno de sus lugares más céntricos y de más relieve. No es él sino el Ejercicio del Reino de Cristo, que en el libro y en la práctica de los Ejercicios está situado en el umbral de aquel período de tiempo o, mejor, de actuación, a que San Ignacio da el nombre de Segunda Semana.

Es más que probable que algún lector de *CRISTIANDAD* no sepa de qué se habla cuando usamos estos términos, entre nosotros tan vulgares, que a algunos ha de parecer raro que no los entienda todo el mundo. No participamos de tu extrañeza, lector que no entiendes el significado de tales tecnicismos. Si conservas la paciencia benévola de continuar la lectura, no quedarás decepcionado; tendremos en cuenta tu muy explicable dificultad.

El ejercicio del Reino de Cristo, que muchos suelen denominar el ejercicio del Rey temporal, está concebido y estructurado en la forma siguiente: una brevísima introducción análoga a la de todos los ejercicios en los cua-

les se proponen materia para la meditación o contemplación, naturalmente acomodada al caso presente; y a continuación, dos partes en que se divide el ejercicio; la primera es una verdadera parábola, que es preparación o introducción a la segunda; a continuación, la segunda, en la que reside lo propio y capital del ejercicio. De momento, tiene para nosotros sumo interés la primera parte, la parábola del Rey temporal. Por esta razón, para mayor facilidad del lector, copiamos a continuación esta primera parte, haciéndola preceder de la breve introducción, tal como se nos presenta en el libro de San Ignacio:

EL LLAMAMIENTO DEL REY TEMPORAL AYUDA A
CONTEMPLAR LA VIDA DEL REY ETERNAL

Oración.—La oración preparatoria sea la sólita.

Primer preámbulo.—El primer preámbulo es composición viendo el lugar... Será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

Segundo preámbulo.—El segundo es demandar la gracia que quiero. Será aquí pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

PRIMERA PARTE: LA PARÁBOLA

Primer punto.—El primer punto es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos.

Segundo punto.—El segundo es mirar cómo éste habla a los suyos, diciendo: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber, vestir, etc.; asimismo de trabajar como yo, en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.»

Tercer punto.—El tercero, considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

Aquí tienes ante tus ojos el ejemplo o parábola del Rey temporal, de la cual afirma San Ignacio que ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal, la vida de Jesucristo, a que se habrá de dedicar el ejercitante, con intención y atención absorbente, a lo largo de los días que aun le quedan de ejercicios.

Desde luego, se echa de ver que a juicio del Santo esta parábola no es algo baladí. Muy solícito anda el Santo en preparar y disponer al ejercitante, a fin de que en la contemplación y en la oración se establezca entre el alma y Jesucristo aquel contacto, aquella intimidad que conduce tan directamente a la imitación del modelo divino, a la abnegación de sí mismo y a la verdadera santidad. Esto hace pensar que él, o por convicción racional o por propia experiencia, y tal vez por luz venida del cielo, veía en aquella parábola una singular conducencia para que el ejercitante entrara más pertrechado e iluminado en aquella nueva etapa de los ejercicios. ¿Qué fuerza o virtualidad veía el autor de los Ejercicios en esta parábola? Antes de pasar adelante vamos a examinar con alguna mayor atención su contenido y su significación y tendencia.

¿Qué es lo que en la parábola clara y abiertamente se contiene? Parécenos indiscutible que la proclamación de una Cruzada, y no de una cruzada efímera o parcial, sino total y definitiva: la movilización total de la Cristiandad para la conquista de toda la tierra de infieles, con esperanza segura de victoria. ¿Te das cuenta, lector amigo, de la trascendencia de la empresa? Su victorioso resultado habría de ser nada menos que la extensión del Reino de Cristo a todo el mundo, la unidad de todas las naciones en la fe y en la sumisión a la Iglesia.

Hemos, desde luego, de confesar que esta parábola, por cuanto está concebida por el autor de los Ejercicios e insertada en ellos y precisamente en este lugar, es la base más sólida donde cimentar la tesis que intentamos demostrar en estos artículos. Es, en efecto, un dato positivo sin

el cual todo quedaría en conjeturas más o menos probables, pero este dato, para ejercer en la inteligencia toda la influencia de convicción que en sí encierra, pide, a nuestro parecer, ser aclarado y reformado por otros datos extrínsecos, como son los que en los artículos precedentes hemos apuntado, más que hecho valer.

Análisis de la parábola

Siendo esto así, ante todo será necesario que nos detengamos en el análisis expositivo y declarativo de la parábola tanto como nos parezca necesario y suficiente, desde luego algo más de lo que suelen los comentaristas del libro de los Ejercicios.

En términos sencillos y pregnantes, y que bajo su apariencia sencilla encierran, como en él es ordinario, un sentido sobre toda ponderación profundo y amplio, nos ofrece San Ignacio la idea de la Cruzada —humanamente irrealizable— que en su mente ha concebido. Ante nosotros propone las personas que en ella habrían de intervenir; la empresa que se propondrían; el ideal que les movería; las esperanzas que les alentarían.

Antes de comenzar el análisis, creemos casi necesario insinuar una advertencia. No se nos oculta que aun entre las personas que aman y aprecian los Ejercicios de San Ignacio, las hay que dan poca importancia a esta parábola; que tal vez la miran como algo accidental y extemporáneo. Parécenos que están en un error; pero no es éste el momento de hacerlo ver.

Benévolo lector, sea cual fuere tu opinión, si es que la tienes formada, no lloves a mal, modestamente te lo rogamos, que te propongamos quieras, de momento, dejar a un lado prejuicios tal vez infundados y repulsiones hijas tal vez de un vago sentimentalismo.

Entremos ya en el análisis propuesto. Para que éste sea suficiente, será preciso definir y declarar estos puntos: 1) Quién es el que llama a la guerra; 2) a quiénes llama; 3) a qué llama; 4) con qué condiciones; 5) con qué esperanzas.

1) *¿Quién es el que llama?*—Es un puro hombre; pero, ¡qué hombre! En poquitas palabras nos lo presenta el autor de los Ejercicios como un hombre extraordinario, tan extraordinario, que en todo el curso de los siglos no nos ofrece la Historia persona que ni de lejos se le aproxime; entiéndase, en su misión y en sus dotes de gobernante en el orden político, civil y social.

Es un personaje de tanta autoridad y dignidad, que le obedecen, le prestan vasallaje todos los *Príncipes cristianos*, es decir, todos los soberanos de las naciones cristianas, de la Cristiandad. Hay más todavía: no tan sólo le obedecen todos los soberanos, sino también todos los hombres cristianos, todas las personas particulares, aun los súbditos de los demás príncipes. Es tanta su autoridad y tanta su prudencia, que, lejos de abusar de su poder y descontentar o poner celos y envidia a los príncipes, todos se ven obligados a reconocer el bien que a todos, súbditos y gobernantes, hace su influjo paternal.

Es más que evidente que un tal acatamiento de autoridad, una tal universal obediencia, no puede ser efecto de violencia ni poder militar. Un tal milagro se ha de fundar necesariamente en otro milagro: *todos le hacen reverencia y le obedecen*. La raíz de una obediencia tan maravillosa es la *reverencia que le hacen*; el profundo respeto que a todos infunde; el reconocimiento universal de su indiscutible superioridad. Es tal la excelcitud de sus dotes de gobernante, y tales sus virtudes y cualidades personales, tan reconocida por todos su justicia y su prudencia, tal su *humanidad y liberalidad*, es decir, su afabilidad y benignidad, tal su generosidad y la nobleza de su corazón sin sombra de egoísmo ni de codicia, que a todos se imponen y a todos ganan el corazón.

Todos sin excepción, reconociendo su inmensa e indis-

PLURA UT UNUM

cutible superioridad, los beneficios sin tasa de su gobierno y de su influencia, la sabiduría de sus consejos y disposiciones, se acogen a él como a centro de unidad, de concordia y de paz.

Mas, ¿de dónde ha venido al mundo tal prodigio? Todo ello, ¿quién lo pondrá en duda? Es obra prodigiosa del poder de Dios... *Un Rey humano elegido de la mano de Dios*. Es doctrina común que cuando Dios escoge una persona para realizar un plan trascendental de su providencia, no la confiere esta misión inerme y desprovista de recursos; le dotará de una capacidad personal adecuada al designio divino o suplirá los defectos con los recursos transitorios de su infinito poder. Por esto, para hacernos cargo de las cualidades y perfecciones que San Ignacio atribuye a su Rey temporal, es preciso computarlas en función de la misión para la cual el Señor le ha escogido, según la suposición del Santo.

2) *¿A quién llama? A todos los suyos*. Quiénes sean los suyos, los del Rey, no es dudoso por lo dicho en el párrafo anterior: *todos los Príncipes y hombres cristianos*, que por la reverencia que le hacen, se han entregado libremente a su obediencia, de modo que el Rey *habla*, se dirige a todos los jefes de Estado, como ahora diríamos, y a todos los pueblos cristianos.

3) *¿A qué llama? A emprender y llevar a término la empresa en que el Rey tiene concentrada su atención y su intención*. A realizar la misión para la cual ha sido *elegido de mano de Dios nuestro Señor*, para la cual ha sido preparado, dirigido y ayudado por una especialísima providencia de Dios.

Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Tal voluntad no puede ser el sueño utópico de una fantasía temeraria. El Rey temporal tiene garantía segura de verdad de la misión a que Dios le destina en el éxito alcanzado sin fuerza de armas ni mañas tortuosas de diplomacia: la unidad espontánea, bajo su supremacía, de toda la Cristiandad. Dios, que ha hecho por medio del Rey este milagro objeto de tantos deseos y de tantas desesperanzas, le llama ahora, claramente lo siente él, a completar la obra a medio hacer: la unidad del mundo entero en la fe cristiana y en la Iglesia de Jesucristo.

Al pretender la conquista de toda la tierra de infieles no le mueve ambición ni voluntad de poder, sino celo y caridad. Caridad para con los cristianos cautivos, caridad para los que viven sujetos bajo el yugo injusto y tiránico de los infieles; caridad para los desgraciados infieles a los cuales sus tiránicos señores hacen gemir bajo la coyunda intolerable del despotismo y son injustamente por ellos impedidos para que no puedan abrazar la fe cristiana.

La conquista, no hay remedio, se ha de hacer mediante una guerra. Esta guerra será justa, no comete injusticias un Rey como el de San Ignacio. Esta guerra será humana, cuanto puede serlo la guerra, el terrible azote de la guerra. ¿Cómo un Rey tan humano no la humanizará en cuanto pueda? Esta guerra será santa, porque siendo en sí misma justa será santificada por la intención religiosa que a ella mueve y por la bendición de la Iglesia, que no puede menos de bendecir aquello que con tantas veras ha pedido a los Príncipes cristianos y que con tanta fuerza de autoridad ha intimado.

Para decirlo de una vez, esta guerra será una Cruzada, una Cruzada sin precedentes por el régimen que la guiará, por la unidad que la fortalecerá, por la totalidad que la hará invencible, por el espíritu que la sobrenaturalizará.

4) *¿Con qué condiciones?* El llamamiento lo hace el Rey, ante todo, bajo la condición de la libertad. No quiere gente forzada. Tanto en los que tiene derecho estricto a mandar como a los otros, si los hay, que al prestarle homenaje le han puesto condiciones o cortapisas; en nadie quiere alistamiento forzado.

Lo santo y religioso de la Cruzada; lo grandioso y humanitario de la empresa; la fidelidad a Rey tan justamente

apreciado y querido; el valor y el pundonor militar, todos estos estímulos nobles han de ser suficientes para la determinación a que se le invita. El Rey humano y prudente, conocedor del corazón humano, deja entrever y aun promete a los suyos un premio, una participación en los bienes justamente alcanzados con la victoria. En la victoria, porque ¡ay de quien se lucrara con injustas depredaciones durante la guerra!

5) *¿Con qué esperanzas?* Con la segura esperanza de la victoria, fundada en la fuerza del ejército, en la unidad de mando, en el plan sabio que el Rey ha concebido, en el orden maravilloso que en todo pone. En lo humano y natural nada ha dejado aquel Rey humano sin proveer.

Pero la absoluta esperanza de la victoria estriba únicamente en la bendición de Dios, que no puede contradecirse, y en la cruzada de oración y penitencia que acompañará en toda la Cristiandad a la cruzada de las armas.

EMPALME

«No os llaméis maestros; uno solo es vuestro Maestro, Cristo.» Esto dijo de Si mismo Jesucristo, y en ello no había ni la más leve sombra de arrogancia. El era la Verdad y había venido a este mundo a dar testimonio de la verdad. Y era esto tan manifiesto, que cuando El hablaba las turbas se maravillaban de su enseñanza y decían: «Jamás hombre alguno ha hablado como Éste», porque enseñaba como quien tiene autoridad. Jesucristo enseñó al mundo su doctrina religioso-moral, que era complemento de la doctrina revelada en el Antiguo Testamento, y que, llevada a su última perfección por la comunicación directa del Espíritu Santo a los Apóstoles, había de constituir el tesoro de verdad confiado a la custodia vigilante y a la interpretación infalible de la Iglesia, hasta la consumación de los siglos.

El mundo cristiano admitió la verdad indiscutible de este cuerpo de doctrina, reconociendo la obligación de adaptar a esta verdad su inteligencia y su conducta. El género humano hace veinte siglos que está experimentando que su bien verdadero está en esta sujeción y adaptación de su inteligencia y de su conducta a esta enseñanza bajada del cielo; y ahora que ha ensayado la insensata tentativa de emanciparse de ella, vive en angustias de agonia. Su único remedio es volver a sujetar y adaptar su inteligencia y su conducta a la doctrina que le dió vida. Es necesario que el mundo penitente vuelva a tomar sobre sí el yugo de la doctrina de Cristo, que es yugo suave porque es el de la verdad.

Pero, ¿cómo persuadir al mundo a este necesario viraje?

Sería craso error e insensatez poner esperanza en la fuerza material. Ni la Iglesia cuenta con ella ni es el camino de Dios.

Sólo resta la persuasión, y para persuadir al mundo de que quiera volver a Cristo parece que se ofrecen dos caminos: el de la convicción y el de la fe; o convencer al mundo de la bondad intrínseca de la doctrina de Cristo, o el de reconocer a Cristo como redentor y salvador, como el único maestro y, rindiéndole homenaje, admitir sin discusión ni mutilación su doctrina y su verdad. Este segundo fué la sapientísima táctica del Maestro de los maestros al predicar su Evangelio y la seguida por los Apóstoles y por la Iglesia docente: el homenaje rendido a la soberanía doctrinal de la Verdad divina, el camino de la fe.

Por la Persona del Maestro, a la aceptación de la doctrina; por la persona del Rey, a la aceptación de su Ley.

El acatamiento, el homenaje, el respeto a la Persona del Maestro, es actitud necesaria al mundo que debe salvarse.

Pero el mundo debe, necesita ir más allá: *Así amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito*. Jesucristo es don de Dios, don hecho al mundo por Dios enamorado del



MIRAD CÓMO ESTE REY HABLA A TODOS LOS SUYOS, DICIENDO:

Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar como yo en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga conmigo parte en la victoria como la ha tenido en los trabajos

PLURA UT UNUM

mundo, y este don de Dios, que es Jesucristo, es Persona, y, por ende, capaz de amar y de ser amado. Y Jesucristo amó al mundo hasta morir por él para atraerle a Sí por el amor y para que, enamorado de Cristo, admitiera de buen grado la justicia y la salud que Cristo le ofrecía.

Y la Iglesia es esposa enamorada de Cristo. Si bien es verdad que no pocos cristianos católicos viven en tibieza, y aun en pecado mortal, siempre en ella ha habido y hay un núcleo de personas, no tan poco numeroso como a primera vista puede parecer, enamoradas de Cristo; y a éstas se les comunica Cristo por medio de sus gracias y dones maravillosos.

Esta comunicación con Cristo les hace objeto no pocas veces de burlas; casi siempre de juicios despectivos y presuntuosos de incrédulos y malos cristianos que a sí mismos se llaman sabios.

Una de estas almas privilegiadas fué Iñigo de Loyola, a quien comunicó Dios sus Ejercicios para volver el mundo *al mucho servir a Dios por puro amor*.

Entre ellas hay que contar a las almas sencillas, como Margarita María de Alacoque, a las cuales, para hacerles ver en forma sensible su amor a los hombres, Jesús se lo ha manifestado simbólicamente en su Corazón de carne como en nuevo llamamiento de su amor, para que, aceptado por medio de la devoción a su Corazón el llamamiento de Jesús, se salve el mundo.

Con esto queda puesto en claro el empalme de este artículo con la totalidad del número.

CONCLUSIÓN

San Ignacio pone por título al ejercicio del Reino de Cristo las palabras arriba transcritas: «*El llamamiento del*

Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal.» Siendo, como es evidente, el llamamiento del Rey temporal la proclamación de una Cruzada ideal, se ve claramente que el Santo experimenta en sí mismo que el haberse detenido en el fraguarla en su pensamiento y en su imaginación y el sentirla en su corazón, lejos de serle estorbo para subir al conocimiento de Cristo y de su obra y al deseo de imitarle y de servirle y de amarle, le había ayudado positivamente para ello.

Sin duda percibió la relación de analogía que existe entre lo uno y lo otro. Lo primero se desarrolla dentro de la órbita de lo natural, por más que la intervención manifiesta de Dios y la intención última de los que intervienen la hagan rozar con lo sobrenatural; lo segundo es todo en sí mismo sobrenatural.

Entre lo natural y lo sobrenatural no se da semejanza estricta, sino aquella manera de relación que los escolásticos sabiamente denominan analogía.

Dado lo que es el hombre y su naturaleza, es camino normal para hacerle subir al conocimiento y sentimiento de lo espiritual el partir de lo material, y para lo sobrenatural el partir de lo natural, apoyándose en la analogía. Y ésta es la táctica de San Ignacio.

Por qué el Santo, entre tantas ideas naturales que sirven de escalón para subir a lo sobrenatural, escoge la de la Cruzada, no tenemos ahora espacio para examinarlo.

Sólo una cosa diremos, por la conexión que la enlaza con la idea de este número: que el autor de los Ejercicios, al proponer la parábola, ofrece en primer lugar al Rey temporal y de él baja a la empresa, de la persona a la obra. Esta será su táctica en adelante, en el curso de los Ejercicios: de Jesucristo a su obra y a su doctrina.

Ramón Orlandis, S. J.

Compendio de toda Religión y norma de vida más perfecta...

Y con razón por cierto, Venerables Hermanos, pues en aquella señal de óptimo presagio y en el piadoso culto que de ella se deriva, ¿no es verdad que se contiene el compendio de toda religión y aun la norma de vida más perfecta, como quiera que guía más suavemente las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro, y con mayor eficacia las mueve a amarla más apasionadamente y a imitarle más de cerca?

Enc. «*Miserentissimus Redemptor*» de Pío XI, Op. y pág. cit.

No sólo reconocemos y aceptamos gustosamente su imperio...

Jesucristo, Dios al mismo tiempo que Redentor, es rico por la colmada y cumplida posesión de todas las cosas; nosotros, en cambio, tan desprovistos y necesitados, que, por cierto, no hay cosa de nuestros haberes con que nos sea posible obsequiarle. Sin embargo de eso, dada su bondad y caridad suma, no rehuye en modo alguno que le demos y dediquemos lo que es suyo como si nos perteneciese; y no sólo no lo rehuye, antes ahincadamente lo pide: *Hijo, dame tu corazón*. Podemos, pues, ciertamente acceder a sus deseos con la voluntad y el afecto. Pues, consagrándonos a El, no sólo reconocemos y aceptamos abierta y gustosamente su imperio, sino también testimoniamos prácticamente que, si fuese nuestro lo que le regalamos, se lo daríamos gustosísimos, y que le pedimos que no lleve a mal recibir de nosotros eso mismo, aunque sea totalmente suyo.

(Enc. «*Annum Sacrum*» de León XIII, véase la obra, *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*. Documentos Pontificios, pág. 54).

Reproducimos a continuación una hermosa poesía original de Rafael de los Reyes-García, de la Compañía de Jesús, en la que su autor refleja, junto a la delicadeza de un bondo misticismo, la emoción de su tragedia personal: Rafael de los Reyes-García no pudo ordenarse sacerdote a causa de una ceguera sobrevenida cuando tenía tan sólo treinta y nueve años de edad. Dada la índole y contenido del presente número, hemos creído oportuno publicar de nuevo estos sublimes versos, que aparecieron ya en las páginas de CRISTIANDAD en su número de 15 de junio de 1944.

¡VEN AL JARDIN, JESUS!

Ven al jardín Jesús; ya con las flores
Pintando fué los árboles abril;
Ya cantaron los dulces ruiseñores
En las copas del álamo gentil.

Antes que el lirio y las fragantes rosas
Al viento mustias ya, sus hojas den,
Coronado de flores más hermosas
Baja del cielo, y a mi huerto ven.

Bajo el sol que la tarde pasajera
Quiembra en celajes blancos de tisú,
¡Es tan triste la hermosa primavera
Cuando el rey de las flores no eres Tú!

Este lujo de aromas y colores
Que ornan del desterrado la mansión,
Estas nubes alegres, estas flores,
¡Cuán triste luto sin tu vista son!

Cuando a los cielos tan cerrados miro,
Y oigo gemir las aves a compás,
¡Es tan amargo dar siempre un suspiro,
Nunca escuchando el que en respuesta das!

¡Esme tanto dolor, a las estrellas
Alzar los tristes ojos; conocer
Que el firmamento azul pinta sus huellas,
Y tus hermosos ojos nunca ver!

Pensar que oculto en mi mansión reposas,
Que mis jardines tu palacio son:
Dibujadas por Ti ver tantas rosas
¡Y en ninguna encontrar tu Corazón!

Una vez, no sé como, allá en el cielo,
Reflejado entre púrpuras te vi:
Pasaste como halcón que va de vuelo,
Y se acabó la tierra para mí.

¡Ay! Desde aquella tarde en que las aves
Dejaron para siempre de cantar,
¿Quién, sino Tú, que mi tristeza sabes,
Quién puede ya mis lágrimas contar?

Allá, en aquel relámpago, sabía
Mostrarme tu semblante tanto amor,
Que yo pensé tornabas a otro día
Y años dura tu ausencia y mi dolor.

Como el alegre mes entonces era
Que pone al llanto del invierno fin,
Yo, a cada renaciente primavera,
Pienso tornar a verte en el jardín.

Vuelve el mágico abril, con sus colores,
Y sus tardes de alegre rosicler;
El cielo azul volvió; vuelven las flores
Y sólo Tú no has vuelto a parecer,

¡Cuántas veces, sentado en la glorieta,
A donde herido de tu vista fuí,
Con delirios de amante y de poeta
Sueño verte sentado frente a mí!

Blanda lluvia de tristes pasionarias
Va del cielo cayendo a nuestros pies,
Y oyes con dulces ojos mis plegarias,
Y lloras Tú cuando llorar me ves.

¡Ay! Esta breve paz que el alma siente,
¿Será un delirio siempre, una ilusión...?
¿No te verán mis lágrimas presente?
¿No cambiaremos nunca el corazón?

Antes que ponga fin a mis anhelos
La muerte melancólica, ¿jamás
Abiertos, yo, contemplaré los cielos,
Ni Tú mi buen consolador serás?

¿No querrás, una tarde, Tú conmigo,
Una noche pasar? ¿No te veré,
Como un amigo ver suele a su amigo,
Y como a mí tu corazón me ve?

¡Oh, amador celestial! Si los abrojos,
De mi destierro sientes, ven y pon
La luz de tus pupilas en mis ojos
Y en tus manos mi triste corazón.

De la glorieta en la mansión florida,
Que alza sus pasionarias sobre mí,
Llorando yo te contaré mi vida
Y cuanto por tu ausencia padecí.

Llenos de amor tus ojos soberanos
Daránme paz con su riente luz:
Compadecidas palparán tus manos
Mis espinas, mis clavos y mi cruz.

Aquí, a mi corazón abiertas llagas
En frescas flores Tú convertirás:
Aquí, si con el tuyo me embriagas,
Cánticos de placer escucharás.

Ven, Jesús, ven. Dorando alegres flores
Ya hermosísimo muere el sol de abril;
Música de escondidos ruisñores
Repiten ya los ecos del pensil.

Tú, cuya planta imprimen los Querubes
En sus alas de nieve y de arbol,
Y sin ocaso pálido, y sin nubes,
Del paraíso eterno eres el Sol.

Ilumíname a mí: si tanto me amas,
Si esta noche tan larga tiene fin,
Haz que en mi corazón prendan tus llamas:
Ven al jardín, mi amor, ven al jardín.

El primer don del Sagrado Corazón es su misma persona

Por el P. Pablo GALTIER, S. I.

En algunos sectores protestantes, sobre todo de Inglaterra y de América, se ha agitado mucho la cuestión acerca de lo que podríamos llamar «oportunidad de Jesucristo». ¿Posee Jesucristo lo que es menester para cautivar y arrastrar en pos de sí el mundo moderno? ¿Tal como lo presenta la ortodoxia tradicional, no es demasiado superior a él? ¿No es demasiado Dios? ¿No impide su divinidad el que encontremos en él un modelo para los hombres? ¿No hay algo de docetismo en la manera de predicar a Cristo? ¡Aparece tan poco el hombre! Los hombres de hoy sólo se enamoran de personalidades; ¿si Cristo no tiene personalidad humana, qué puede decir a los hombres de nuestros tiempos?

La contemplación del Sagrado Corazón corta de raíz estas cuestiones, pues se dirige a lo que hay en Cristo de más profundamente humano. Sin deformar su imagen tradicional y sin envolverlo en una aureola ficticia o prestada, lo acerca a nosotros, lo pone a nuestro alcance y lo hace capaz de movernos a los actos de la más sublime magnanimidad.

Así lo ha considerado siempre la ortodoxia tradicional, la ortodoxia católica, la cual jamás ha permitido que su divinidad alterase o velase su humanidad. Todo el que quiere prescindir de la contemplación del hombre, para consagrarse a la contemplación exclusiva de Dios, se hace sospechoso de ilusión o de error. Gracias a su humanidad, el Verbo de Dios es imitable, y son precisamente sus disposiciones y sus maneras humanas las que San Pablo quiere que reproduzcamos en nosotros. Por su humanidad, Cristo es el «camino» que conduce a los hombres a Dios; por su humanidad les enseña la «verdad» y les hace entrar en la participación de la «vida» divina. Personalidad humana, el Cristo tradicional y real no lo es en el sentido profundo y filosófico de la palabra. El hombre, en él no se pertenece; no es un todo distinto y autónomo. Física-mente, pertenece a Dios, es de Dios. Así como el cuerpo no se pertenece y no es un simple instrumento de nuestra actividad, sino que es algo nuestro, sin confundirse, empero, con nosotros, puesto que nos distinguimos de él, aunque sólo sea para mandarle, de la misma manera, la realidad y la actividad humana de Cristo es la realidad y la actividad de una persona divina. Pero en el sentido vul-

gar y moderno, según el cual se dice de alguien que es una personalidad, ¿quién lo es más realmente que Cristo? ¿Conoce la Historia quién excite más poderosamente la atención y la admiración? ¿Se encuentra en el pasado alguna personalidad cuyas iniciativas y cuyas obras iguallen en alcance y duración a las que tienen su principio en la humanidad del Hijo de Dios? ¿Quién hay, y quién habrá jamás, que tenga bastante con ser conocido en su realidad, para atraer y cautivar a todo el mundo?

Quizá los menos sensibles a esta influencia de Cristo son los que no ven en Él otra cosa que una figura del pasado. En todo caso, la cuestión de su oportunidad y de su poderoso atractivo se suscita entre los protestantes, que sólo admiten una supervivencia ideal. Pero nosotros sabemos muy bien que esta personalidad poderosa no ha muerto; que no sólo vive en las páginas de los libros que hablan de ella o en el recuerdo de sus discípulos, sino que está presente toda entera a las miradas de los Santos del cielo, y que, gracias a la Eucaristía, continúa habitando entre nosotros, en la tierra. Por esta causa la contemplación de esta personalidad es tan seductora y de tan buenos efectos para los hombres de hoy, como para los de antaño. Sólo es menester ofrecérsela tal cual es y ponerlos con ella en un contacto íntimo y real, por medio de la devoción al Sagrado Corazón; cuanto más conocido es Cristo, más se impone, más atrae, más arrastra. En Él, los mejores y los no tan buenos se reconocen; por Él todos se sienten perfectamente comprendidos y profundamente amados.

Luego, si hoy saben todavía los hombres prendarse de los buenos corazones y de las grandes almas; si son sensibles al espectáculo de los grandes sacrificios; si su gran necesidad no es otra que la de navegar contra la corriente de los egoísmos viles y homicidas y la de ser iniciados en el secreto de las grandes obras, secreto que estriba en la subordinación de todas las energías del alma a un gran pensamiento y un gran amor, nada más provechoso y seductor se les puede proponer que la devoción al Corazón de Cristo. En él no sólo descubrirán el espectáculo de una verdad y de una realidad profundamente conmovedoras, sino que aprenderán a dominarse, a vencerse, a olvidarse de sí mismos para darse y consagrarse a sus hermanos.

(Del «Messenger du Coeur de Jésus»)

El Corazón de Jesús es la ley de Dios viva

Cor Jesu sacratissimum: miserere nobis.

Carísimos:

Próximo ya el mes que los cristianos piadosos suelen dedicar al Sagrado Corazón de Jesús, no queremos dejar de exhortar vuestra piedad, hablándoos brevemente de esta devoción reservada por la Providencia divina a los tiempos actuales de la Iglesia. No en vano nuestro Santísimo Padre Pío X ha hecho añadir a la plegaria que después de la Misa dirigimos a la Inmaculada Virgen María, la deprecación: Corazón Sacratísimo de Jesús, tened misericordia de nosotros.

Porque los corazones miserables abundan; nuestros corazones son miserables. El corazón humano es según lo que ama. El amor ennoblece o degrada según sea su objeto. El corazón que ama las vanidades mundanas, el lujo en el vestir, las alabanzas humanas, los lugares encumbrados, no puede ejercitarse en el verdadero amor; porque ni el lujo ni la vana pompa son una verdad, sino una ilusión pasajera como las nubes del cielo. El corazón que ama las delicias sensuales, los placeres viles de la carne, el fango de la impureza, es un corazón manchado. Quien ama las riquezas, quien es esclavo de la codicia, quien adora el oro y el dinero, tiene un corazón metalizado, duro, incapaz de las suavísimas emociones del corazón; tiene un corazón estrecho y esclavo, dentro del que no cabe un amor grande.

La misión de la Iglesia con respecto a los hombres es la de enseñarles a amar, y por esto nos pone como ejemplo el Sagrado Corazón de Jesús; y el mes a El consagrado ha de dedicarse a la contemplación del verdadero amor. Quien sepa amar es un perfecto cristiano; pero la ciencia del amor, la más dulce de las ciencias, es difícil de adquirir, si no hacemos el aprendizaje en el Corazón de Jesús. En esta escuela del Sagrado Corazón todo nos habla de amor: las palabras, los sentimientos, las obras de Jesús, tienen la virtud de encender el amor en el corazón de los hombres.

Jesús, aun invisible, sacramentado en la Hostia Santa, tiene el privilegio de encender nuestros corazones; y si en su presencia, en el Sagrario, contemplamos y meditamos su vida y doctrina, saldremos aventajados en la ciencia del amor.

El, en primer lugar, nos enseña a purificar nuestro corazón. Con su palabra y ejemplo destruye nuestros vanos amores. Arguye contra la riqueza de torpe, peligrosa y engañadora; a las delicias de la carne, de groseras; a las grandezas humanas, de vanas y falaces. Y nos enseña que la verdadera sabiduría consiste en el eterno e indestructible amor de Dios.

El culto al Sagrado Corazón, el culto del amor, no es una invención o composición humana de naturaleza sentimental. Es una sublime filosofía fundada en la Verdad y en el Evangelio, y que nos enseña que toda la vida humana, para ser perfecta, se ha de resolver en el amor.

Un Santo es un cristiano perfecto, es el hombre que lo hace todo por amor, no movido por intereses personales; es el hombre que mira por los demás y no por él mismo, al modo como Jesús, nuestro dulcísimo Redentor, lo hizo todo por amor. Movido por el amor se encarnó en las purísimas entrañas de la Virgen, haciéndose hombre como nosotros; predicó continuamente el amor, y murió por amor a los hombres.

Claro que no todos están llamados a esta perfección

suma; pero es preciso predicarla, como la predicaba San Pablo a los gentiles y a los judíos, como la han predicado los Santos, ya que si todos los cristianos no están llamados a esta perfección suma, todos deben estar convencidos de que en esto consiste la perfección, y nuestro ministerio sacerdotal consiste en desarraigar a los hombres de la tierra y hacerles enamorar del cielo.

La vida, incluso entre los cristianos, está hoy en día materializada; la gente vive aturdida en los placeres y vanidades. Placeres y vanidades, he aquí la única aspiración de muchos; por esto conviene despertarles y enseñarles la vía del amor cristiano poniéndoles ante sus ojos la persona sacratísima de Jesús y su adorable Corazón, que nos enseña el tenor de vida que debemos llevar: amar a Dios y al prójimo y desprendernos de cuanto contrarie este amor. De manera que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es como el compendio del Evangelio, incluye en sí toda la Ley cristiana, ya que, como nos enseña el Catecismo, todos los mandamientos de la Ley de Dios se encierran en dos: amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo por amor de Dios. El Corazón de Jesús es el Evangelio en acción; o lo que es lo mismo, el Evangelio es un eco del Corazón de Jesús; el Corazón de Jesús es la Ley de Dios viva, en su interior no hallaréis más que el amor a Dios y a los hombres. Una unidad sublime de amor.

Aprovechad, pues, este mes del Sagrado Corazón de Jesús para recogeros en la presencia divina y contemplar las excelencias del amabilísimo Hijo de la Inmaculada Virgen María e Hijo eterno del Padre celestial. Todo lo que es amable despierta amor en nuestro corazón; si lo amable no es estimado es porque no es conocido; y si Jesús no es amado de los hombres es porque no le conocen el Corazón. Por esto El nos muestra su Corazón, diciendo a los cristianos: *Mirad el Corazón que tanto ha amado a los hombres.* Y en el Evangelio nos invita a su amor, diciendo: «Venid a Mí los que necesitáis reposo; y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y comprenderéis que mi yugo es suave y ligera mi carga.»

Corazones engañados, corazones desamparados, corazones esclavos, corazones muertos, corazones nobles, corazones puros, corazones santos, juntaos todos al Corazón de Jesús, adoradle en la Sagrada Hostia, dirigidle vuestras humildes súplicas, haced de su Corazón el molde del vuestro, y encontraréis una fuente de aguas de vida eterna que saciará vuestra sed hasta llegar al puerto de la inmortalidad, donde todos nuestros corazones amarán siguiendo el ritmo del Sagrado Corazón de Jesús.

Sacerdotes y seglares, justos y pecadores, todos cuantos sois cristianos, recordad las palabras de Jesús: «Venid a Mí todos.» Acudid, pues, a aquel generoso Corazón y recibiréis de El la gracia de la vida espiritual, el íntimo consuelo del corazón y la paz interior, que es el mayor bien que podemos esperar en este valle de lágrimas y el medio seguro de llegar al puerto de la felicidad eterna de la gloria, cuya única puerta de entrada es nuestro dulcísimo Jesús.

Y para implorar de la omnipotencia divina la gracia de esta piedad y excelentísima devoción, sobre todos vosotros, amados hijos y hermanos, os damos nuestra bendición en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Vich, 22 de mayo de 1912.

(Exhortación pastoral del Excmo. y Rdmo. Dr. D. José Torras y Bages)

LA LINEA DEL SONIDO

Del ritmo a la luz

Hace ya muchos años, y en una experiencia pública de aplicación de la electricidad a la amplificación y matización del sonido, si no recordamos mal de «violín eléctrico», el ejecutante daba comienzo a su trabajo mediante el curioso experimento de descomponer una nota en toda su extensión. Lo primero que se apreciaba eran unos sonidos de percusión sorda y profunda, a manera de golpes espaciados y solemnes, como dados sobre un gran tambor. Eran sonidos opacos que se asemejaban a los de estos tam-tams que los negros africanos utilizan en sus danzas o en sus primitivos telégrafos de señales. Estos golpes iban acelerando su ritmo en forma progresiva hasta el momento en que, de este ritmo vertiginoso, surgía la nota. Nota al principio baja y profunda, que iba subiendo paulatinamente de tono hasta llegar, recorriendo toda la gama del pentagrama a unos grados de agudeza tal que casi constituían un fenómeno doloroso. En este momento, el ejecutante suspendía el experimento y anunciaba solemnemente: «La prolongación agudísima de esta vibración se convertiría en luz.»

Muchas veces se nos ha presentado la oportunidad de recordar esta experiencia al tratar de interpretar, en toda su extensión, el sentido evolutivo, o mejor dicho, transitorio, de las ideas. Sin embargo, ahora, en estos momentos tensísimos del mundo en trance definitivo de hundirse o sobrevivir, se nos presenta como un destello luminoso la coincidencia de esta figura física, con la realidad de la trayectoria del pensamiento humano frente a esta trascendental efemérides.

En efecto, si consideramos que este pensamiento puede extenderse desde lo más puro y de vibración más fina, que lleva al ser elegido a desvincularse de la condición «sonido» para transformarse en «luz», o en otras palabras, si el punto culminante de la idea humana es necesariamente Dios Nuestro Señor, y si aceptamos también el principio de que el nivel más bajo de este pensamiento puede ser expresado, siguiendo esta figura del sonido, por un fenómeno de percusión que puede equipararse al ritmo salvaje de los tam-tams, llegaremos a las siguientes conclusiones: Primera: Todo pensamiento que ascienda hasta la luz de Dios es como una nota que va afinándose y ganando en pureza y agudeza. Segunda: Toda idea que desciende y transige se descompone como esta nota, que termina en una sucesión de golpes que equiparamos a aquellos con los que los seres primitivos expresan, a su manera, su condición elemental.

En muchas ocasiones, y como decimos antes, no hemos podido eludir el considerar esta coincidencia al observar atentamente la trayectoria de estas sociedades modernas, que cada día van descendiendo un peldaño de la escala decadente que conduce a las formas más primitivas de la vida.

En efecto, el fenómeno que se observa es de franca regresión. El materialismo, que tiene en lo religioso su definición mediante toda la gama de sectas derivadas de la Reforma, se define también en lo político mediante la fórmula democrática con toda su interminable gama de partidos, y en lo económico mediante el fenómeno indudable de desatención del ser humano, en el que coinciden, por distintas razones, el Capitalismo y el Socialismo. Resultado de esta circunstancia es esta regresión que denunciamos y que es hija inconfundible del materialismo.

Llamamos materialismo a la forma moderna que adquiere la apetencia ancestral del ser humano hacia formas materiales de bienestar. Todos los tiempos han aportado una versión bastante parecida en su fondo, aunque distinta en la forma, de este irresistible impulso primitivo hacia la comodidad. En los momentos presentes, sin embargo, este impulso adquiere una frondosidad incontenible como consecuencia de dos causas fundamentales: la velocidad de intercomunicación de ideas y seres y el progreso vertiginoso de la ciencia. Así, nos encontramos, y debido a estas dos causas fundamentales, con una humanidad que, particular y colectivamente, presenta síntomas inconfundibles de inasimilación o desbordamiento.

La forma cada vez más vertiginosa que adquiere este «progreso», y debido a esta falta de capacidad interpretativa de las gentes, hace que las sociedades humanas utilicen estos medios que la ciencia les otorga para desviarse de la cultura y refugiarse en las líneas de concepción pagana y primitiva de forma y ritmo.

Una inmensa proporción de seres humanos, sin distinción de edad ni de clase, han puesto toda su aspiración, y dedican todo su esfuerzo, a conseguir la cada vez más complicada forma de vida que otorga el «progreso» y que ve desfilar ante sus ojos, en forma brillante y coloreada, servida por estos tremendos medios de difusión de prensa, cine, radio y televisión. Este «progreso» va sirviendo incesantemente nuevos inventos, generadores a su vez de nuevas necesidades y sensaciones. De espaldas a la razón esencial, el materialismo se ocupa de la solución material únicamente. El ser humano se convierte en una consecuencia de tipo y forma animal, que es llevada inconscientemente hacia fórmulas artificiales de vida, que le desvinculan de la obligación de ser y de pensar. La autodeterminación desaparece absorbida por fórmulas «standard» que funden al individuo en masas incalculables de seres afines. Estos seres dejan de pensar por sí mismos, refugiándose en la comodidad de vivir las mismas sensaciones, alegrías y pesares que ven, leen, oyen y viven en y por estos medios de difusión que el progreso les depara. Gozan del espejismo del esfuerzo que presencian en los campos de deporte y se agitan, congestionan y exaltan ante una actividad de la que no son capaces. Viven en el cine sensaciones y problemas totalmente inadecuados a su formación o clasificación humana, atribuyéndose reacciones heroicas y deformando, merced a estas exaltaciones, su apacible o normal condición. Viven también gracias a la música, profusamente difundida por la radio, una continua excitación producida por los ritmos exóticos, y se agitan y piensan al compás sincopado de esta música, que lentamente los degrada y asimila a estos seres primitivos que por milenios han producido en las selvas el ritmo que ahora destaca la civilización.

Curiosa trayectoria ésta del pensamiento de esta humanidad desviada por el materialismo de un sentido de razón serena, y que hace convivir en un mismo ser humano, y en un mismo día posiblemente, una preocupación atómica y un ritmo descabalado. Hemos visto en muchas ocasiones a sesudos y distinguidísimos representantes de los más altos niveles de la política, de la ciencia y de la economía, salir de la aridez austera de una trascendente reunión internacional y lanzarse a la danza salvaje de estos ritmos primitivos.

El materialismo desenfrena toda reserva y desata todo convencionalismo en los seres superiores y en los menos dotados, fundiendo en una misma definición común materialista a todos los estamentos. Esto sí que es un auténtico aglutinante comunista. No hay nada que funda tan bien a la gente como la incontrolada expansión de los instintos naturales. No hay mejor comunismo que este que especula sobre apetencias, debilidades y aficiones del individuo, para congregarlo primero con el halago de la ventaja material y convertirlo luego en masa abúlica y en dócil rebaño. La vida moderna de las grandes ciudades, en las que las gentes adquieren perfiles cada vez más acusados de esclavitud, es el crisol en el que se funden las últimas resistencias de los que pretenden aislarse para salvarse de la contaminación. Es poco menos que imposible vivir en una gran ciudad una existencia individual. Los grandes centros de producción y de consumo obligan a las gentes a circular cada vez más de prisa por la cada vez más angosta red de comunicación que la ciudad les depara. La velocidad impone un compás acelerado al movimiento de estos seres que, presos por la limitación de sus horarios de trabajo, deben recorrer cada día una mayor distancia para agruparse cada vez dentro de una más insostenible promiscuidad. Todos los caminos de este llamado «progreso» afluyen a esta trágica coincidencia condensativa y es, por tanto, comprensible el que estas masas innumerables, atentas sólo a la exigencia del subsistir, se refugien en el sofisma de un alma colectiva, para encontrar el artificio enervante que les otorga el materialismo como sucedáneo del alma individual que Dios les dió.

«Dios y el alma» son ya poco argumento para estas gentes que viven del «yo y el cuerpo».

En la línea del sonido de que hemos partido, la luz inicial que equiparamos a la idea de Dios Nuestro Señor, al descender un primer grado de la escala, produce un primer sonido fino y agudo que nosotros equiparamos al individuo, y entendemos así, y por esto, que el individuo está así directamente conectado con Dios que lo crió y de quien *directamente* depende. A medida que este concepto va desvirtuándose, desciende el tono de esta nota inicial, que, al adquirir espesor y densidad, va descomponiéndose hasta llegar a una infinita sucesión de golpes. A estos golpes infinitos equiparamos nosotros esta multitud de seres que huérfanos de una conciencia individual, se refugian en el mito de una conciencia colectiva.

Este es el más grave de todos los gravísimos problemas que nos abruman en estos días críticos. La idea de conciencia colectiva que nace del materialismo es la misma que, más o menos democráticamente, sirve de base a la mayor parte de las concepciones políticas de estos tiempos. Bajo el «slogan» de «lo social» se especula hasta lo infinito. Todos los partidos democráticos y todos los ensayos políticos de nuevo cuño, llámense fascistas o comunistas, ondean la bandera de «lo social» para sumar prosélitos. El estatismo es flor del día de estos tiempos aciagos. Y de este estatismo, que pretende anular al individuo, nace el mal gravísimo de convertir la conciencia individual en un hecho de irresponsabilidad colectiva. No es de extrañar, pues, este regreso hacia formas de tipo primitivo de vida, de forma y ritmo, de estos seres que, desvinculados de una directa responsabilidad frente a sí mismos, por mandato de Dios se refugian en un anonimato irresponsable.

Mientras se siga por este camino, el mundo irá necesariamente al caos. El materialismo capitalista, socialista o comunista, es un mismo materialismo, y los totalitarismos que, bajo la careta autoritaria, manejan los mismos sofisticos tópicos, son igualmente regresivos, precipitando a las gentes, por las mismas razones, fuera del camino cristiano de la conciencia individual.

Conciencia individual o conciencia colectiva. Piensen

bien en esta trascendental ordenación cuantos pretendan orientar su idea por caminos de razón.

* * *

Hemos dicho antes que la nota más fina y aguda que encontramos en la línea del sonido antes de llegar a la luz puede ser equiparada al individuo, a este ser aislado con conciencia propia y responsabilidad directa. Pues bien, a este ser aislado y consciente nos dirigimos ahora y una vez más, en llamada angustiada, para hacerle sentir la importancia tremenda del momento que viene y la importancia decisiva que puede representar para este momento su aportación individual.

Aportación individual que debe venir, desgranada y espontáneamente, a producirse por propio sometimiento del individuo a la razón elemental que parte de Dios, que es la Luz inicial de la «onda humana».

Este será el punto de partida del hombre nuevo en la trayectoria que debe emprender para entender una nueva política y entenderse a sí mismo. Reconocimiento pleno de la presencia de Dios Nuestro Señor en el punto de partida de toda idea original.

Inmediatamente debe concebirse a sí mismo como ente individual, consciente y responsable y materialmente obligado a rendir cuenta a Dios directamente del depósito del alma racional que nos da el ser.

Si entendemos bien que ésta es propia responsabilidad que no puede ser deformada ni desviada hacia cauces comunes a impulsos de doctrinas materialistas, nuestra nueva definición irá tomando forma.

Inmediata a este propio reconocimiento del «ser», consecuencia de Dios, viene una necesaria y clara voluntad de oficio, opuesta a la idea materialista de beneficio que ofrece la causa del error. Oficio que debe de ser voluntad de sacrificio en acción firme y desinteresada, orientada por la idea de Dios, hacia el bien del prójimo.

De esta disposición inicial del individuo que se destacará como nota purísima, del concepto material de masa que en nuestra figura asimilamos al ritmo primitivo de música salvaje, surgirá un primer y necesario efecto de ejemplaridad. La nota aislada que destaca del conjunto armónico es precisamente la que produce el canto. El conjunto armónico sirve para arropar esta nota aislada que viene a constituir el argumento del tema musical. En contraposición con esta definición normal de la armonía, la otra música, que se refugia en la forma insistente del ritmo, es incapaz de producir canto.

La ejemplaridad se produce siempre destacando una vida o una circunstancia de la vida de un hombre que, mediante sacrificio personal o material, ha reportado beneficio a sus semejantes. Pues bien, esta condición de predisposición al sacrificio va a ser precisamente la piedra de toque que aquilatará el valor del individuo en la contribución obligada de esfuerzo que va a ser exigida a todos.

La condición siguiente será necesariamente la conciencia. La masa abúlica es irresponsable y además inconsciente. Así se enjuicia generalmente a estos incontrolables movimientos de multitud. Para la individualidad cristiana del mañana le será exigida esta condición indispensable. Hay que vivir y morir sabiendo cómo se vive y para qué se muere; y esto, en la vida materialista de hoy, apenas se concibe. El ser de selección, que vendrá como reacción de este «hoy» desatentado, será precisamente un ser consciente; esta conciencia duplicará su valor. No existe mejor esfuerzo que el esfuerzo consciente, ni valor más efectivo que el que, nacido del corazón, sigue una trayectoria de razón a impulsos del juicio que se fragua en la cabeza.

Podríamos seguir indefinidamente, pero entendemos que con lo dicho basta. No es misión nuestra venir a defi-

PLURA UT UNUM

nir en todas sus facetas el fondo moral de un Cruzado de Occidente. Nuestra ambición o nuestro designio se limita a poner de relieve, con toda la fuerza que nos da nuestra profunda convicción, la necesidad de enfrentar el individuo a la masa o, como antes decíamos, oponiendo el canto al ritmo.

Esta será la revolución que viene, si revolución puede llamarse a esta ley de vida que el Señor otorgó al mundo y que el mundo desprecia.

El individuo o la masa. Elección o selección. Iniciativa privada o estatificación. Así vienen definidas, en lo religioso, en lo político y en lo económico, las deformaciones de un mismo invariable principio. Conciencia individual responsable y consciente, o conciencia colectiva irresponsable y regresiva.

En el crisol del pueblo judío elegido por el Señor desde el principio de las edades se planteó en toda su extensión este trascendental dilema. El Antiguo Testamento nos da continuamente la versión del «pueblo judío» como masa o todo orgánico que recibe el mandato del Señor y peca o prospera colectivamente.

El Nuevo Testamento es la nueva Ley mediante la que el Señor impone al individuo su condición ineludible y destacada.

Todo parece en estos días desmentir aquel mandato del Señor. Los pueblos se agitan en trances de muchedumbre y democracia, ondeando banderas de progreso y danzando al son de los ritmos más primitivos. Las sociedades retroceden a su origen salvaje. El castigo está cerca.

C.



CARTA DEL PADRE SANTO CON OCASION DEL VII CENTENARIO DEL ESCAPULARIO DEL CARMEN

Al acercarse el VII centenario del Escapulario del Carmen (1251-1951), Su Santidad Pío XII se ha dignado enviar una carta a los reverendísimos padres Kiliano Lynck, general de los padres carmelitas, y padre Silverio de Santa Teresa, preposito general de los carmelitas descalzos. El texto de la carta es el siguiente:

«Amados hijos: Salud y bendición apostólica.

»Nadie ignora, ciertamente, cuánto ha contribuido a avivar la fe católica y a enmendar las costumbres el amor a la Santísima Madre de Dios, especialmente a través de aquellas expresiones de devoción con las que, preferentemente a las otras, parece que las mentes se enriquecen de doctrina sobrenatural y las almas son solicitadas al cultivo de la virtud cristiana. Entre éstas figura en primer lugar la devoción del santo Escapulario de los carmelitas, que, adaptándose por su simplicidad a la índole de todas las personas y con ubérrimos frutos espirituales, está amplísimamente difundida entre los fieles cristianos. Con grato ánimo hemos entendido que, al acercarse el VII centenario de la institución de este Escapulario de la Divina Madre del Monte Carmelo, los religiosos carmelitas, tanto calzados como descalzos, han establecido promover solemnes celebraciones en honor de la Bienaventurada Virgen María. Esta piadosa iniciativa la recomendamos de todo corazón, tanto por nuestro constante amor hacia la Madre de Dios como por nuestra agregación desde la más tierna edad a la confraternidad de dicho Escapulario, y le deseamos de Dios una abundante lluvia de favores. Porque no se trata de cosa de poca importancia, sino de la adquisición de la vida eterna, en virtud de la tradicional promesa de la Beatísima Virgen; se trata, en efecto, de la empresa más importante y del modo más seguro de lle-

varla a cabo. Ciertamente, el sagrado Escapulario, como vestidura mariana, es signo y garantía de la protección de la Madre de Dios, pero no piensen quienes la visten poder conseguir la vida eterna en la pereza y en la indigencia espiritual, puesto que nos avisa el Apóstol: «Buscad vuestra salvación con temor y temblor» (Phil., 2, 12). Por tanto, todos los carmelitanos que tanto en los claustros de la primera y segunda Orden como en la tercera Orden regular y secular y en las confraternidades pertenecen por un particular vínculo de amor a la misma familia de la Beatísima Madre, tengan en el «memoriale» de dicha Virgen el espejo de la humanidad y de la castidad; tengan, en la sencilla confección de la vestidura, un «breviario» de modestia y simplicidad; tengan, sobre todo en la vestidura que día y noche llevan, la elegante expresión simbólica de las súplicas con que invoquen la ayuda divina; vean, finalmente, en ella aquella consagración al Sacratísimo Corazón de la Inmaculada Virgen María, que reciente y vivamente hemos recomendado. Ciertamente, la piadosísima Madre no dejará de hacer que los hijos que expían en el Purgatorio sus culpas alcancen lo más antes posible la patria celestial por su intercesión, según el llamado privilegio sabatino, que la tradición nos ha transmitido.

»Como auspicio de la protección y de la ayuda celestial, y en prenda de nuestra particular benevolencia, os impartimos de todo corazón a vosotros, amados hijos, y a toda la Orden carmelitana, la bendición apostólica.

»Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 11 de febrero, fiesta de la Aparición de la Bienaventurada Virgen Inmaculada, el año MCML, undécimo de nuestro pontificado.

»Pío PP. XII.»



León XIII, en 1899, consagró el género humano al Sagrado Corazón de Jesús, proclamando con viva esperanza sobrenatural: «He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús con la Cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En El se han de colocar las esperanzas, a El hay que pedir y de El hay que esperar la salvación de los hombres.»

(Enc. Annum Sacrum)



Pío XII, reciente su ascensión al solio pontificio, ya en su primera Encíclica «Summi Pontificatus», como prenunciando el día en que ha de renovar la Consagración hecha por su inmortal predecesor, exclamaba: «En estas condiciones de cuerpo y espíritu, Venerables hermanos, la inminente fiesta de Cristo-Rey sea día de gracia y de profunda renovación y despertar en el espíritu del reino de Cristo. Sea día en el que la consagración del género humano al Corazón Divino, que debe celebrarse en modo particularmente solemne, reuna junto al trono del Eterno Rey los fieles de todos los pueblos y de todas las naciones en adoración y reparación, para renovarle a El y a su ley de verdad y de amor, ahora y siempre, el juramento de fidelidad. Sea día de gracia para los fieles, en los cuales el fuego que el Señor vino a traer a la tierra se convierta en llama cada vez más luminosa y pura. Sea día de gracia para los tibios, los cansados, los hastiados, y en su corazón pusilánime maduren nuevos frutos de renovación de espíritu y de robustecimiento de ánimo. Sea también día de gracia para los que no han conocido a Cristo o lo han perdido: día en el que se eleven al cielo la oración de millones de corazones fieles.»

MENSAJE DE EXHORTACION Y DE GRACIA DE DIOS

La anunciada consagración al Corazón de Jesús, Dios y Hombre, que ha de hacerse en el mundo entero en nombre de todo el género humano, creyente o no creyente, ha sido realizada en Roma de un modo muy solemne.

Durante los días 9, 10 y 11 de junio, S. S. León XIII se ha trasladado a la capilla Paulina, que representa la iglesia parroquial de los palacios apostólicos, en la cual durante los tres días ha celebrado la Misa y asistido a las funciones del triduo.

El día 11, después de la Misa, el Santo Padre mismo, en nombre de todos los hombres, ha recitado la fórmula de la Consagración.

El Papa estaba realmente conmovido, y en casi todos los ojos aparecieron lágrimas de emoción al escucharse la voz del Sumo Pontífice en ese solemnísimos acto.

En la capilla Paulina se hallaban presentes cerca de doscientas cincuenta personas, la mayor parte pertenecientes al Vaticano, y varias personalidades, tanto italianas como extranjeras.

En lugares destacados estaban los Embajadores de Austria-Hungría y España, el Ministro de Bélgica cerca de la Santa Sede, con su familia, el General Conde Raffaele De Cousten con su hija, el General Barón De Charette, acompañado por la esposa e hijo, y algunos oficiales de la marina española de paso en Roma.

La Consagración hecha en el Vaticano ha sido repetida en el mismo día en todas las basílicas y parroquias de Roma. En la Laterana, que es la iglesia madre «urbis et orbis», la Consagración fué realizada por el Cardenal Sottili, asistiendo al grandioso acto miembros de todas las asociaciones católicas de Roma, provistos de sendas antorchas. La Consagración revistió especial solemnidad en la Iglesia del Sagrado Corazón del Castro Pretorio, participando en la misma los Obispos del Concilio americano presentes en Roma.

Con la Ciudad Eterna se unió en este día todo el mundo católico; y para citar un ejemplo, en Viena, en el Duomo de San Esteban, intervino el propio Emperador, el burgo-maestre, doctor Lueger, con la mayoría de los consejeros y representaciones de las asociaciones religiosas.

Así relataba en preciosa síntesis *La Civiltà Cattolica*, la realización del «acto más grandioso» del Pontificado de León XIII (1).

La Consagración del género humano al Corazón dulcísimo de Jesús había sido ordenada por el Soberano Pontífice en la Encíclica *Annum Sacrum*. En ella, el Papa, después de hacer referencia a las muchas súplicas que de todas partes fueron dirigidas a Pío IX, «no sólo por particulares, sino también por los Obispos», impetrando la Consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, hacía constar que, por nuevas razones, juzgaba llegado el momento de llevarla a cabo.

Señalaba el Pontífice la significación que entrañaba dicha Consagración, con la que reconocemos, «abierta y gustosamente», el imperio de Nuestro Señor Jesucristo, y testimoniamos prácticamente que, «si fuese nuestro lo que le regalamos, se lo daríamos gustosísimos».

De esta Consagración, añadía el Santo Padre, cabe esperar provechosísimos frutos, ya que los que conocen y aman a Jesucristo fácilmente experimentarán «que se les acrecienta la fe y el amor; y los que, aun conocido Jesucristo, descuiden, sin embargo, sus preceptos y su ley, podrán sacar del Sagrado Corazón la llama de la caridad».

Pero también la Consagración ha de infundir en los

pueblos la esperanza de un porvenir mejor. Precisamente por aquellas fechas se hallaban reunidos en La Haya los representantes de las grandes potencias, tratando de hallar una fórmula de concordia que apartase el peligro de nuevas guerras, mediante un progresivo y substancial desarme de los Estados. Sin embargo, ¿quién podía conservar sus ilusiones en un arreglo puramente terreno de los graves males que padecía el cuerpo social?

«En estos últimos tiempos —es León XIII el que así habla— se ha procurado con todo empeño que mediase como un muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y gobierno de los pueblos se tiene en nada la autoridad del derecho sagrado y divino, con el intento de que la religión no influya en lo más mínimo en el modo de ser de la vida ordinaria. Lo cual casi equivale a hacer desaparecer la fe de Cristo y a desterrar de la tierra, si se pudiese, al mismo Dios. Ensoberbecidos los espíritus con tan gran pedantería, ¿qué de maravillar es que la mayor parte del género humano haya caído en tanta anarquía y sea juguete de tales olas que a todos hacen temblar y peligrar?» (2).

En vano trataban algunos seguidores de tan funestas ideologías de detener la caída vertical del mundo en el abismo de sus devoradoras pasiones y de sus inconfesables concupiscencias. Como decía el Papa, las tinieblas se habían apoderado de las inteligencias; la muerte lo invadía todo. ¿Qué podían solucionar todas las conferencias, todas las asambleas de los pueblos, si sus príncipes se congregaban y confabulaban contra el Señor del universo y contra su santa Esposa, la Iglesia? (3).

Señalaba el Pontífice el único remedio posible de los acerbísimos males que aquejaban a la sociedad: hay que volver al camino, hay que volver a la verdadera luz, hay que apoderarse de nuevo de la vida.

Y es entonces cuando el Papa presenta al mundo, agobiado por tantos sinsabores y tantas amenazas, el emblema salvador, promesa inconmensurable del triunfo del Amor de Jesucristo: «Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fué vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. HE AQUÍ QUE HOY SE PRESENTA A NUESTROS OJOS OTRA SEÑAL MUY FAVORABLE Y DIVINA: EL CORAZÓN SACRATÍSIMO DE JESÚS, CON LA CRUZ SOBREPUESTA, BRILLANDO ENTRE LLAMAS CON VIVÍSIMO RESPLANDOR. EN ÉL SE HAN DE COLOCAR LAS ESPERANZAS, A ÉL HAY QUE PEDIR Y DE ÉL HAY QUE ESPERAR LA SALVACIÓN DE LOS HOMBRES.»

Tal era el espíritu y la intención con las que el Papa León XIII, en la mañana del domingo día 11 de junio de 1899, consagró el mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús.

* * *

Han pasado cincuenta años de aquella fecha memorable. Dos guerras sangrientas han cubierto de ruinas, en estos diez lustros, toda la faz de la tierra. Los individuos y los pueblos han podido comprobar en su carne, en sus hogares, en sus dolores y en sus miserias, cuán fatuas son las promesas de los hombres y cuánta utopía, cuando no manifiesta maldad, revelan sus propósitos de edificar sin Dios —y hasta contra Dios— un mundo risueño y feliz.

Frente a esa realidad que sobrecoge el ánimo de los más decididos y valerosos, la Consagración del género humano al Corazón de Cristo Rey en el umbral del presente

(2) León XIII. Enc. *Annum Sacrum*. Véase texto íntegro en la obra *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*, pág. 49 y siguientes.

(3) *Hacia el cuarto Año Jubilar*. Véase especialmente págs. 19 a 21, y 41 y siguientes.

(1) *La Civiltà Cattolica*, 19 de junio de 1899, págs. 93 y 94.

A LA LUZ DEL VATICANO

siglo, aparece, como dice S. S. Pío XII, como un actualísimo mensaje: «Mensaje de exhortación y de gracia de Dios», no sólo para su Iglesia, sino aun para un mundo tan necesitado de estímulo y de guía, que, sumergido en el culto de lo presente, se extraviaba cada vez más y se agotaba en la fría rebusca de ideales terrenos; mensaje a una humanidad que en escuadrones cada vez más nutridos se alejaba de la fe en Cristo, y más aún, del reconocimiento y de la observancia de su ley; mensaje contra una concepción del mundo para la que la doctrina de amor y de renuncia del Sermón de la Montaña y la divina acción de la Cruz eran escándalo y locura» (4).

La extraordinaria gravedad de los tiempos actuales impone un remedio adecuado, extraordinario también.

Y he aquí que la devoción al Corazón divino de Jesús se nos aparece con este carácter de remedio extraordinario que exigen las terribles circunstancias y los amenazadores peligros de los instantes presentes.

Como se ha escrito autorizadamente, esta devoción debe alcanzar su máxima importancia en los momentos en que la caridad se enfría más y más entre los hombres (5).

Pero entre todas las prácticas que se refieren a esta

(4) Pío XII Enc. *Summi Pontificatus*. Véase texto íntegro en la obra *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*.

(5) Comentarios a la Proclama de una Cruzada de Oración.

devoción, sin duda alguna sobresale, como recordaba Su Santidad Pío XI, la piadosa Consagración, con la cual nos entregamos plenamente al Corazón divino, y con nosotros todas nuestras cosas, como recibidas de su eterna bondad. Con ella, al mismo tiempo, proclamamos, frente a las maquinaciones de los impíos, la necesidad de que Cristo reine efectivamente sobre los individuos, sobre las familias, sobre la sociedad.

En el presente Año Santo, el Papa Pío XII, felizmente reinante, atendiendo los deseos de los Obispos del mundo entero, renovará, según anunció oportunamente nuestra Revista, la Consagración del género humano a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María.

CRISTIANIDAD, que humildemente ha promovido este movimiento general de piadosas solicitudes y apremiantes súplicas al Vicario de Cristo, no puede menos que expresar sus profundas esperanzas en los bienes inmensos que dicha Consagración ha de traer a los hombres y a los pueblos todos. «La renovación de este acto de fe, de confianza y de amor, cuando tantos se alejan y reniegan de nuestro adorable Salvador, ¿no obtendrá sobre la Iglesia y el mundo abundantes bendiciones de misericordia?» (6).

José-Oriol Cuffi Canadell

(6) *Hacia el cuarto Año Jubilar*.

DE ACTUALIDAD

Ideal y misión del comerciante

“Existen naciones donde se erige un sistema que, en forma más o menos absoluta, coloca en manos de la autoridad pública todo el comercio... Semejante tendencia se opone al concepto cristiano de la economía social. El comercio es fundamentalmente una actividad del individuo.” Estas palabras fueron pronunciadas por S. S. el Papa Pío XII, felizmente reinante, en el discurso dirigido a los seiscientos cincuenta delegados del Congreso Mundial de Cámaras de Comercio, celebrado recientemente en Roma.

Sin embargo, como advertía el Romano Pontífice, “no se trata de reclamar una libertad ilimitada, en la que ninguno de vosotros sueña siquiera, que sería incompatible con los objetivos y las necesidades de la economía nacional, la que debe mirar siempre a la prosperidad material de todos los ciudadanos. Muy al contrario, es precisamente en vista de esta prosperidad nacional como aspiráis a gozar de una mayor libertad de comercio”.

A continuación, el Papa señaló la verdadera misión del comerciante: “El comerciante, podemos decirlo, debe tener su habilidad especial sin duda alguna; debe ser un hombre de negocios, más prudente que sentimental. Pero a estas cualidades estrictamente profesionales debe añadir el alto concepto del ideal de su profesión, cual es: **como comerciante y hombre de negocios, debe considerarse asimismo un servidor de la comunidad.**”

“No tener otra ambición que acumular ganancias y enriquecerse, es traicionar a su vocación, porque ciertamente es una vocación la misión que Dios le ha confiado de ejercer el comercio en condiciones tan difíciles como las presentes.”

Y terminó diciendo el Vicario de Cristo: “Lo que más importa, porque es el fundamento de todo, es que este ideal lleve impreso el sello del temor de Dios, de la Religión. ¿No comparó el Divino Maestro al Reino de los Cielos con la piedra preciosa que compra

el mercader prudente, con el precio de sus buenas obras? (Mateo, 13, 45). Que sea ésta la convicción de todos vosotros: transmitidla a vuestros hijos, difundidla entre los de vuestra profesión y entre los jóvenes: para que así os atraigáis sobre vosotros, sobre el progreso sano y lícito de vuestros negocios y sobre el mundo entero, los más abundantes favores de Dios.”

El Papa terminó su alocución impartiendo la Bendición Apostólica a todos los presentes.

La persecución religiosa en Checoslovaquia

La persecución contra la Iglesia en Checoslovaquia, se ha centrado especialmente en estas últimas semanas en los monasterios y casas de religiosos. Muchos de éstos han sido trasladados por la fuerza a lugares muy distantes y aun a campos de concentración.

Los religiosos se han negado a prestar el juramento de lealtad al régimen y a aceptar los salarios señalados por el Gobierno.

Mientras tanto, continúan en pie los planes comunistas para subyugar la Iglesia Católica en el país, mediante la constitución de una cismática iglesia nacional. Estos planes se basan en las siguientes premisas cuya realización se lleva a cabo a través de diversas medidas oficiales: Amordazar a la Iglesia, prohibiendo la circulación de pastorales, procesando a quienes las leen públicamente y suprimiendo la prensa católica; difusión intensiva de la doctrina marxista entre los sacerdotes, procurando sembrar rencillas y discordias entre el clero y los Obispos; prohibir el funcionamiento de las escuelas católicas, controlando estrechamente las pocas que, con fines de captación, continúan en actividad.

No obstante los intentos de los dirigentes comunistas, cada día aumenta el fervor y piedad de los fieles y se fortalece la unidad alrededor de sus legítimos Pastores.

J. O. C.

**AL REINO DE CRISTO
POR LA DEVOCION
A SU SAGRADO CORAZON**

DOCUMENTOS PONTIFICIOS



PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
1949

Texto íntegro de las Encíclicas de
LEÓN XIII: ANNUM SACRUM
TAMETSI FUTURA
Pío XI: UBI ARCANO
QUAS PRIMAS
MISERENTISSIMUS REDEMPTOR
Pío XII: SUMMI PONTIFICATUS
Prólogo, introducciones y notas, originales
del P. H. Marín, S. I.

PRECIO: 30 Ptas.

Edición latino - castellana

PRECIO: 45 Ptas.

EN PRENSA: «Sor María del Divino Corazón»



*Visite las Cuevas
de Artá*

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

RESERVADO
A. C.

ECCLESIA
ORGANO DE LA A.C.E.

Corresponsal en Barcelona:

Federico Bernadá

Valencia, 347, entlo., 2.^a

Teléfono 21 27 75

J. Pallarés

Logo



**PROTEGE
EL HOGAR**

INSECTICIDA D-D-T

DE ACCION PROLONGADA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL



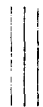
José Fontanals Hill
Hermanos

♦♦

FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦♦

ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)